

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

EMERGENCIA
BELICA

*Lon
Carrigan*



Mientras por un lado se realizaban las gestiones oficiales para la repatriación de los restos mortales del ciudadano argentino Héctor Pontini, y las investigaciones, asimismo oficiales por parte de la policía canadiense, para esclarecer su asesinato, otro ciudadano argentino llegaba discretísimamente al lugar de los hechos: Port Arthur, localidad situada en la orilla del Lago Superior, en la provincia de Ontario.

Este ciudadano argentino procedía, o al menos ésta había sido su última etapa, de Quebec, y llegó en automóvil. Su nombre: Armando Fierro. Su profesión: agente secreto. Su misión: investigar por su cuenta el asesinato de su compañero Pontini, prescindiendo de las versiones oficiales y oficiosas. Lo único que sabía por el momento Armando Fierro era que Héctor Pontini debía haber estado operando en Quebec. Sin embargo, había aparecido muerto en un modesto apartamento de Port Arthur, a mil cuatrocientos kilómetros de distancia de Quebec.



Lou Carrigan

Emergencia bélica

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1678

ePub r1.0

Lds 23.02.19

Título original: *Emergencia bélica*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Mayo de 1982.

Mientras por un lado se realizaban las gestiones oficiales para la repatriación de los restos mortales del ciudadano argentino Héctor Pontini, y las investigaciones, asimismo oficiales por parte de la policía canadiense, para esclarecer su asesinato, otro ciudadano argentino llegaba discretísimamente al lugar de los hechos: Port Arthur, localidad situada en la orilla del Lago Superior, en la provincia de Ontario.

Este ciudadano argentino procedía, o al menos ésta había sido su última etapa, de Quebec, y llegó en automóvil. Su nombre: Armando Fierro. Su profesión: agente secreto. Su misión: investigar por su cuenta el asesinato de su compañero Pontini, prescindiendo de las versiones oficiales y oficiosas. Lo único que sabía por el momento Armando Fierro era que Héctor Pontini debía haber estado operando en Quebec. Sin embargo, había aparecido muerto en un modesto apartamento de Port Arthur, a mil cuatrocientos kilómetros de distancia de Quebec.

¿Motivos por los que Pontini había viajado a Port Arthur? Pues, había partido en pos de una mujer que había sido vista en Quebec con agentes del servicio secreto británico.

Y esto era todo.

Salvo un detalle, que era el que había determinado que Armando Fierro fuese el elegido para aquella investigación: él y Pontini habían sido compañeros en varias misiones, y se conocían muy bien. Si Pontini había conseguido averiguar en Port Arthur algo sobre la mujer en cuestión, se las habría arreglado para dejar alguna pista. Y si así era, el más indicado para encontrarla era Armando Fierro.

Así que allí estaba Armando Fierro, en Port Arthur, en aquella tarde gris, húmeda y fría, dispuesto a encontrar a la mujer y pasarle una factura implacable. Si la encontraba, claro. Y para intentarlo, sólo podía partir de un punto: el apartamento de Héctor Pontini, donde éste había sido hallado muerto. Versión oficial: tres balazos, uno en el vientre y dos en el corazón. Arma utilizada: *Parabellum* 19.

El apartamento que Pontini había alquilado estaba en el edificio número nueve de Trumbull Lane, un discreto callejón que desembocaba en Oliver Road. Y hacia allá se dirigió directamente Armando Fierro nada más llegar a Port Arthur, sin necesidad de preguntar a nadie, pues previamente, en Quebec, se había provisto de un mapa de carreteras de Ontario en el que, en pequeños recuadros, había planos esquemáticos de Port Arthur. En el pequeño plano correspondiente a esta localidad, no aparecía Trumbull Lane, pero sí Oliver Road, como importante arteria cuya prolongación fuera de la ciudad era la carretera 130.

Armando Fierro localizó muy pronto Oliver Road, y, poco antes del anochecer, Trumbull Lane. Conseguido esto, dejó el coche a unos doscientos metros de la entrada a Trumbull Lane, y regresó hacia el callejón caminando despaciosamente. Cuando, quince minutos más tarde, ya era de noche completamente, Fierro sabía ya por dónde podía acceder al edificio, prescindiendo, por supuesto, de la puerta principal. La consigna insoslayable para evitar cualquier enfrentamiento con las autoridades canadienses.

Y Armando Fierro las evitó. Desde otro edificio de la manzana pasó al interior de ésta, se aseguró de que no se equivocaba de edificio, y, pese a las molestias de su gabán, escaló la fachada con la agilidad de un gato. Por una ventana de pasillo alcanzó éste en el segundo piso que era donde estaba el apartamento de Pontini, que debía estar sellado. Atisbando por allí, no vio a nadie, ni nada que pareciera preocupante. Conseguido esto, Fierro se las arregló para alcanzar una ventana del apartamento, la abrió sin problema alguno, y entró en el apartamento donde había sido asesinado su compañero Pontini.

Sin encender luz alguna recorrió silenciosamente el apartamento, que constaba sólo de dos dormitorios, comedor estar, cocina y baño. Todo pequeño, todo triste, al menos así aparecía a

los destellos de luz de la pequeña linterna que estuvo utilizando Fierro.

Y finalmente, quedó plantado en el comedor estar, a oscuras, con las manos en los bolsillos y pensando.

Muy bien, Héctor estaba allí, y alguien llegó, entró y le mató. Si Héctor no temía nada, y le pillaron de sorpresa, era inútil esperar conseguir alguna pista. Pero si Héctor Pontini había conseguido ya algo, y sabía que no disponía de tiempo para llamar a Quebec, debió hacer, como mínimo, dos cosas. Una, asegurarse de que lo que él había averiguado llegaría a sus compañeros. Dos, prepararse acto seguido para defenderse. Esto último no lo había conseguido, evidentemente. Pero... ¿y lo primero? ¿Había conseguido dejar alguna pista?

Utilizando de nuevo su linterna, ahora sin interrupción, Armando Fierro recorrió de nuevo el apartamento. Y finalmente, se encontró de nuevo en el comedor. Si Héctor había dejado algo tenía que ser allí.

Solamente allí.

Tras una última y breve reflexión, Fierro se acercó a la mesa, alzó una de sus patas, e iluminó el suelo. Nada. Tampoco había nada bajo la segunda pata.

El papel doblado estaba bajo la tercera pata que alzó. Lo tomó, se irguió, y lo iluminó, tras desdoblarlo con una sola mano. Lo que Héctor Pontini había escrito en el papel era muy escueto, pero no tenía desperdicio:

SUE CHAMBERLAIN Nipigon Hotel
Algoma Street

* * *

—¿Está seguro? —preguntó la señorita Chamberlain—. ¿Para mí?

—Sí, señorita Chamberlain —asintió el botones.

—Bien... ¿Puede traerme un teléfono a la mesa?

—No tenemos ese servicio, lo siento. Tendrá que ir a conserjería.

La señorita Sue Chamberlain asintió, y se puso en pie, dispuesta a atender la llamada telefónica que le impedía disfrutar tranquilamente de su cena en el comedor del Nipigon Hotel, Y cuando ella se puso en pie, las miradas de los demás comensales parecieron saltar en su dirección, todas a una. Aprovechando que se movía, que destacaba, podían mirarla por fin abiertamente, prescindiendo de las miradas de reojo.

No era bonita. Era preciosa. Alta, esbelta, pelirroja, de grandes ojos color café y boca deliciosamente dibujada. Era lo que vulgarmente se llama un bombón, y si se añadía a esto su ondulante caminar, sólo un ciego podía dejar de mirarla. Era como un imán para las miradas masculinas.

Cosa que no parecía importar ni poco ni mucho a la preciosa señorita Chamberlain, que abandonó el comedor, cruzó el vestíbulo hacia la conserjería, y sonrió cuando el conserje le señaló el auricular descolgado.

—Gracias —tomó el auricular—. ¿Diga?

Silencio.

—¿Diga? —insistió ella—. Soy Sue Chamberlain. Diga.

Silencio. Sue miró al conserje, que alzó las cejas y encogió los hombros. —Quizá se ha cortado la línea, y volverán a llamar— sugirió.

—Sí, seguramente —sonrió Sue—. ¿Dijo su nombre?

—No.

—¿Hombre o mujer?

—Un hombre, naturalmente.

—Claro, naturalmente —sonrió de nuevo Sue—. Bueno, terminaré de cenar. Si me llama de nuevo estoy en el comedor. Gracias de nuevo.

Colgó, y se dirigió hacia el comedor, aparentemente desinteresada por cuanto sucedía a su alrededor. Se detuvo de pronto, y regresó ante el conserje.

—¿Hay algún teléfono público cerca del hotel? —preguntó.

—Hay una cabina justamente a la vuelta de la esquina, a la derecha.

—No me había fijado... Gracias.

Emprendió de nuevo el regreso al comedor. En el vestíbulo había un matrimonio de edad avanzada, conversando sentados en

sendos sillones; una dama de unos sesenta años, sola; un hombre vestido con grueso chaquetón de piel vuelta y largas melenas, que leía un periódico... Y finalmente, cerca de la puerta, Armando Fierro, que estaba encendiendo un cigarrillo, casi de espaldas a la conserjería.

Pero nada de esto parecía interesar a la señorita Chamberlain, que se dispuso a terminar su cena.

Casi media hora más tarde abandonó el comedor y subió a su habitación. Bajó diez minutos más tarde, envuelta en un elegante abrigo de paño con cuello de piel de visón.

El conserje hizo lo posible por permanecer impassible cuando ella le entregó la llave.

—¿No han vuelto a llamarme?

—No, señorita Chamberlain.

—Vaya... Bueno, pues no voy a estar toda la noche esperando esa llamada. Si vuelven a llamarme, diga que volveré alrededor de las once. Voy al cine a distraerme un rato.

—Que se divierta —sonrió el conserje.

La encantadora señorita Chamberlain sonrió, y se dirigió hacia la puerta del hotel.

* * *

Sentado ante el volante de su automóvil, Armando Fierro la vio salir, y su mirada quedó como clavada hoscamente en la pelirroja, con una fijeza terrible. Ella caminó hacia la derecha, y dobló la esquina. Armando Fierro encendió el motor y arrancó. Dobló la esquina, mirando de reojo. Sue Chamberlain estaba detenida ahora, mirando la cabina telefónica.

Por supuesto, no debía ser tonta. Así que una de dos: o estaba comprendiendo que alguien la había llamado desde allí y había acudido rápidamente al hotel para verle atender la llamada (cosa que, en efecto, había hecho Armando Fierro), o creía que la había llamado algún amigo y ahora sería ella quien lo llamaría a él, desde la cabina. Si se alejaba sin llamar significaría que se trataba de lo primero; si llamaba, que se trataba de lo segundo. Pero había también una tercera alternativa, y era que ella estuviera convencida de que la había llamado un amigo, pero no supiera cuál, con lo que

las deducciones de Armando Fierro se veían un tanto comprometidas.

Como fuere, Sue Chamberlain no llamó. Se alejó de la cabina, y poco después entraba en un cinematógrafo en Algomar Street. Armando Fierro detuvo el coche, y se quedó mirando la entrada del cine. Luego siguió adelante, estacionó a unos sesenta metros, se apeó, y regresó hacia el cine, en cuya taquilla comprobó los horarios del programa.

¿Era el cine un lugar de encuentro para emergencias? ¿Llevaba la señorita Chamberlain una radio de bolsillo con la que ya antes se hubiera comunicado con otros agentes británicos y ahora éstos estaban tendiendo una trampa alrededor de ella al hombre que la había llamado al hotel? ¿O simplemente la espía británica se disponía a pasar un rato distraído convencida de que cuando regresara al hotel tendría un recado esperándola o la volverían a llamar?

Una cosa parecía probable, casi segura: si ella veía todo el programa sin que nadie la hubiera molestado en el cine (lugar ideal para atacarla, aprovechando la oscuridad) saldría más tranquila, y quizá entonces apareciera alguno de sus compañeros interesándose por el asunto... Pero si ella no veía el programa, y salía dentro de unos pocos minutos, significaría que había utilizado el cine sólo como elemento de desorientación, y que acto seguido acudiría al encuentro de alguien en otro lugar.

¿Qué iba a hacer la señorita Chamberlain?

Pues lo que hizo la señorita Chamberlain fue abandonar el cine apenas cinco minutos más tarde, y caminar precisamente en dirección al lugar donde Armando Fierro había dejado su automóvil. Pasó junto a éste, y a los pocos segundos Fierro entraba en el vehículo, y, sin dejar de mirar a la muchacha a través del parabrisas, metió la mano bajo el asiento, sacó la bolsa de piel que había tenido allí oculta, y de ella extrajo la pistola y el silenciador...

Una voz extraordinariamente suave sonó tras él, procedente del asiento de atrás:

—Vuelva a guardar eso. Le estoy apuntando a la cabeza.

Armando Fierro quedó petrificado. Acto seguido, su mirada fue hacia el retrovisor, y distinguió en el fondo del asiento de atrás la figura oscura de un hombre. Por un instante, Fierro sintió que la ira

hacía arder su cabeza, pero supo controlarse. Le había hablado en inglés, y lo había entendido perfectamente, no sólo lo que había dicho, sino lo que había querido decir: si no guardaba de nuevo su pistola le iba a reventar la cabeza de un balazo.

Así que, tragándose la ira, Fierro metió de nuevo la pistola en la bolsa, y escondió de nuevo ésta bajo el asiento. Luego, sin necesidad de más indicaciones, puso las manos sobre el volante.

—De acuerdo —aprobó el otro—. Y ahora, ¿quién es usted?

Armando Fierro apretó los labios.

—No sea absurdo —dijo el otro—. Me parece que los dos vamos tras la misma pieza, y quizá podríamos entendernos.

—¿De qué está hablando? —Gruñó Armando, en inglés—. ¿A qué pieza se refiere?

—¿Es usted argentino? —exclamó el otro.

Armando casi lanzó una maldición. Sabía que hablaba el inglés perfectamente. ¿Cómo había podido el desconocido identificarlo tan rápidamente, con sólo unas pocas palabras... y en inglés?

—No —negó—. Soy uruguayo.

—Vamos, no diga tonterías —rió casi dulcemente el otro—. Es usted argentino. ¿Está aquí por el asesinato de su compañero Héctor Pontini? Si es así nos entenderemos bien, se lo aseguro.

—¿Quién demonios es usted?

—Broderick Karr, de la CIA.

—¡Maldita sea! —explotó Armando.

—Tranquilícese. ¿Por qué quería matar a la chica británica?

—No quería matarla... No de momento, al menos. Antes tengo que saber qué está ocurriendo, y por qué mató ella a mi compañero.

—No la mató ella.

—¿No? ¿Pues quién fue?

—Lo ignoro, por ahora. Pero no fue ella. Escuche, si usted se hubiera metido con Sue Chamberlain quizá estaría muerto en estos momentos. Su trepa de hacerla acudir al teléfono de la conserjería del hotel ha tenido que alarmarla, estoy seguro de que entiende eso. Y ella debe disponer de medios para comunicarse con sus amigos. Lo habrían metido en un cepo.

—Va a resultar que tendré que estarle agradecido a usted.

—En principio, sí, así es. Me parece que usted anda muy despistado, colega.

—Y usted es muy listo, ¿eh?

—Más bien sí.

—¿Sí? Pues sepa una cosa: mientras nosotros estamos perdiendo el tiempo aquí ella puede estar haciendo mil cosas interesantes.

—No. Va a su hotel. Ha lanzado la red, no ha ocurrido nada, y se retira. Lo único que ha conseguido usted es alarmar y desconcertar a los británicos. Y tal vez, echar por tierra algo bueno que tienen en marcha.

—Bueno... ¿para quién? ¿Para ellos? ¿O para ustedes, sus grandes amigos yanquis?

Porque sea lo que sea, con seguridad que no será bueno para Argentina.

—Eso nunca se sabe.

—Oiga, usted debe haber oído hablar de las Malvinas, ¿no? — Lanzó con no poco sarcasmo Armando Fierro.

—Desdichadamente. Pero no todo lo que hagan los británicos tiene que estar relacionado con las Malvinas. Siempre pasan otras muchas cosas en el mundo.

—Pero bueno..., ¿qué demonios pretende usted?

—Que hablemos. ¿Por qué no me invita a un *whisky* en algún bar agradable?

—¿Está bromeando? —Casi gritó Armando, volviéndose por fin.

El otro se guardó la pistola bajo el grueso chaquetón de piel vuelta, y se apeó rápidamente. Abrió la puerta del lado de Armando, y dijo:

—Salga, vamos a tomar ese trago.

Fierro salió, y se quedó mirando fijamente al desconocido. Aunque no era tan desconocido, a fin de cuentas. Lo había visto antes en el vestíbulo del Nipigon Hotel, leyendo o haciendo como que leía un periódico. El maldito melenudo, que debía haberse fijado en él, vaya que sí.

—Ya veo que me recuerda —casi rió el otro—. Bueno, cierre el coche, no sea que al volver encontremos a alguien dentro.

Armando Fierro contemplaba cada vez con menos hostilidad aquel rostro enmarcado por increíbles melenas. Un rostro suave, de grandes ojos oscuros, boca fina, facciones delicadas. Incluso la voz del tal Karr era delicada. Pero, viendo ahora bien sus ojos, Fierro comprendió que no tenía ante él precisamente a un tonto o un

cobarde. Nada de esto, ni pensarlo.

—No pienso beber con el estómago vacío —acabó por gruñir Fierro—. No he comido nada desde esta mañana a las ocho.

—Le comprendo. Yo tampoco he cenado. Vamos a tomar unos bocadillos con un poco de cerveza o vino, ¿te parece bien? Y escuche, hágame un favor: olvide que soy yanqui, y piense solamente que mis intenciones son amistosas. Si no fuese así, usted ya estaría muerto. ¿O no?

—Supongo que sí —gruñó Armando.

De acuerdo. Mire, yo sé bastante de las actividades de la chica británica, y podría informarle de ellas, pero no lo haré hasta que esté seguro de que su actitud va a ser la que corresponde a un agente secreto, no a un terrible vengador y todo eso. Si está de acuerdo dígame su nombre y vamos a por esa cena.

—Fierro —gruñó el argentino—. Armando Fierro.

CAPÍTULO II

—Es usted el primero que no me gasta la broma con mi apellido — dijo Armando.

—¿Qué broma? —rió Broderick Karr.

—Usted ya sabe, todos, en cuanto oyen mi apellido, exclaman mi nombre, como el gaucho Martín Fierro.

—¿Y eso le molesta a usted? —se sorprendió Karr.

—No me molesta que me llamen gaucho, claro que no, pero me joroba un horror que siempre me gasten la misma broma. La gente no tiene imaginación.

—Quizá usted tampoco tenga demasiada. Me refiero a que parecía dar por sentadas las cosas referentes a la muchacha británica.

—¿Qué habría hecho usted si uno de sus compañeros, posiblemente el que mejor conociese, le hubiera dejado una nota como ésta en el lugar donde lo asesinaron?

Haciendo la pregunta Armando tendió el papelito encontrado bajo una de las patas de la mesa. Karr lo tomó, lo leyó, y quedó pensativo. Estaban en un *snack* donde les habían servido unas estupendas hamburguesas con sendas jarras de cerveza no menos estupenda. Armando Fierro estaba sorprendido de sí mismo; si media hora antes le hubieran dicho que iba a confiar en un cochino agente yanqui se habría partido de risa, por no decir de asco.

Pero allá estaba ahora, con el melenudo y exótico Karr, cuyas finas facciones sugerían un carácter apacible, pero una determinación de hierro. Y los ojos. Siempre y sobre todo aquellos ojos grandes de sereno mirar. Era un tipo raro Broderick Karr. No parecía muy corpulento bajo el grueso chaquetón de piel vuelta, pero Fierro tenía la certeza de que meterse con él sería, en todo

momento un mal negocio. Muy malo, sin duda.

—Supongo —dijo por fin Armando— que está pensando en la posibilidad de que ese papelito no lo dejara allí mi compañero Pontini.

—Se me había ocurrido, la verdad —admitió Karr.

—Olvídelo. Puede estar seguro de que lo dejó él.

—De acuerdo. Pero eso no significa que fuese Sue Chamberlain quien lo matase.

—Tal vez no, pero sí significa que ella está haciendo algo relacionado con la muerte de Héctor, o que, en todo caso, debo interesarme por ella. Al recurrir a mi pistola no es que quisiera matarla, sino estar preparado por si ella y sus amigos me salían al paso.

—Me parece que la señorita Chamberlain no se fijó en usted. Pero sí, me parece que si usted la hubiera atacado se habría llevado un disgusto. Y no digo una sorpresa porque supongo que después de su tontería de llamarla por teléfono para identificarla en el hotel tenía usted que saber que ella sospecharía.

—Claro. Pero no me importaba. Al contrario, pensé que si se asustaba quizá haría cosas comprometedoras.

—Ya, ya. De todos modos me parece que la señorita Chamberlain no es de las que se asustan.

—Es una mujer.

Karr se quedó mirando irónicamente a Fierro.

—¿Y qué? Hay mujeres que tienen más agallas que muchos hombres. Sue Chamberlain, en mi opinión, es de esas. No se fié de su aspecto... angelical. Es una mujer de temple. ¿Sabe lo que ha estado haciendo desde que llegó aquí?

—No. ¡Y me gustaría saberlo! ¿Lo sabe usted?

—Claro. No soy tan alto, tan musculoso y tan viril como usted, pero soy inteligente y sé hacer *muy bien* mi trabajo. Además, ya sabe que los británicos y los norteamericanos somos amiguetes.

—Desde luego que lo sé. Bien, ¿qué ha estado haciendo la chica británica desde que llegó?

—Ir al cine.

El argentino ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿Todos los días? —murmuró.

—Me complace comprobar su agilidad mental, amigo Fierro.

Pues sí, todos los días al mismo cine prácticamente a la misma hora y a ver el mismo programa.

Armando mostró sus hermosos dientes blanquísimos.

—Debe ser una película muy buena. ¿Sabe usted con quién se ve dentro del cine?

—No, pero quizá su compañero Pontini llegó a saberlo, y por eso lo mataron. Yo no estaba aquí entonces. Precisamente, vine a toda prisa al enterarme de la muerte de Héctor Pontini y de las andanzas por estos lugares de una agente británica.

—¿Vino a toda prisa? ¿Por qué? ¿En qué le incumbe esto a usted o a la CIA? Bueno, quiero decir que no comprendo sus prisas por venir aquí. Al fin y al cabo sólo se habían cargado a un argentino.

—Deje de ser sarcástico, ¿quiere?

—Lo procuraré. Me gustaría saber qué es lo que sabe usted exactamente de todo esto. ¿Puede decírmelo? Si no puede lo comprenderé, pero como parece que estamos en tan buenas relaciones...

—Fierro, deje de fastidiarme. Si le parece que le estoy tendiendo alguna sucia trampa, márchese. Pero si se queda, no me fastidie más.

—Está bien, está bien. ¿Qué puede usted decirme?

—Veamos. Sue Chamberlain llega a Port Arthur una mañana; detrás de ella llega Héctor Pontini. Aquella misma noche, Sue Chamberlain va al cine, y naturalmente Héctor Pontini va al cine. Aquella misma noche, asesinan a Héctor Pontini, sin darle tiempo a nada. Evidentemente, alguien comprendió que él se había enterado de algo, y actuaron muy deprisa, mucho.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque sólo le dieron tiempo a escribir el nombre de la agente británica. El comprendió que no tenía tiempo de nada más: decir dónde estaba la agente británica.

Acto seguido, engañándole, sorprendiéndole de un modo u otro, le mataron...

—Ya sé cómo le sorprendieron —masculló sombríamente Armando.

—¿Subieron por la fachada de atrás del edificio?

—Sí. Como he hecho yo esta misma noche. El esperaba que llegaran por la puerta, pero subieron por atrás, y cuando los oyó y

se volvió... Aunque me parece que fue uno solo.

—Así es, ya que sólo tenía en el cuerpo balas de una sola arma. Bien, ya tenemos muerto a nuestro colega Pontini. Al día siguiente por la mañana, es decir, ayer, su cadáver es encontrado, y se organiza el gran jaleo. Usted sale en automóvil desde no sé dónde...

—Quebec.

—Claro, por eso tardó tanto en llegar. Yo llegué aquí en vuelo privado, así que he tenido tiempo de saber las andanzas de Sue Chamberlain y de corroborar lo que de ellas me dijeron un par de compañeros. Decía que ya tenemos muerto a nuestro colega Pontini. La señorita Chamberlain ni se inmuta. Esa misma noche, es decir, anoche, vuelve a ir al cine. Usted se está acercando. Llega usted a Port Arthur, localiza a Sue Chamberlain..., ¿y qué hace ella, pese a que ha tenido que darse cuenta de que alguien la tiene bajo control? Pues vuelve a ir al cine.

—¿Usted no sabe con quién se ve dentro del cine?

—No. Dentro, no. —¿Y fuera?

Broderick Karr sonrió, mostrando una dentadura tan perfecta que dejó atónito a Armando.

—Usted y yo nos entenderemos bien, Armando... Bueno, supongo que puedo llamarlo Armando. ¿Qué le parece?

Una horrible sospecha cruzó por la mente del espía argentino: ¿era homosexual el guapo, suave y exótico Broderick Karr?

—Sí, por supuesto —masculló—, llámame Armando.

—Y usted a mí, Brod. Es todo más sencillo.

—Sin duda. ¿Con quién se vio fuera del cine la chica británica?

—Con nadie que pudiera llamar la atención.

Karr empujó su paquete de cigarrillos hacia Armando, que encendió uno y susurró:

—¿La taquillera?

Karr asintió.

—Se llama Mary Laughton, es fea, y tiene algo más de cuarenta y cinco años. Eso no hemos podido saberlo. Vive sola en Port Arthur hace tiempo, en un pequeño apartamento en el que no hay nada que valga la pena. Lo sé porque eché un vistazo anoche, mientras a señorita Laughton atendía su taquilla en el cine. Todo en ella encaja con el clásico cuadro de solterona patética. Ni siquiera es una de esas mujeres en algún sentido apetitosas con las que los hombres se

relacionarían aunque sólo fuese para acostarse con ellas. Vamos, que la señorita Laughton, como mujer, es un desastre.

—Tal vez como espía sea una maravilla.

Karr movió negativamente la cabeza.

—No, no es colega nuestra. Ni los británicos ni nosotros hemos encontrado el menor rastro de ella en ese sentido.

—¿Y en otros sentidos?

—Nada que valga la pena.

—Bueno, pero... ¡algo se han tenido que estar diciendo estos días la agente británica y la taquillera!

—Sí, naturalmente.

—Bien... Bueno, no quiero parecerle ingenuo, pero tengo la impresión de que usted está al corriente de esas conversaciones.

—Claro que no —rió Karr—. Yo sé que la señorita Laughton no es espía porque me lo han dicho mis compañeros de la CIA tras una velocísima consulta a la Central. Y sé que los británicos lo saben también porque la Central ha comunicado con Londres. Pero aquí, en Port Arthur, los británicos y yo no estamos en contacto..., de momento. Evidentemente, los británicos están realizando algún trabajo en el que no desean la ingerencia de la CIA.

—Demonios, ¡de todos modos está usted formidablemente informado!

—Suelo trabajar siempre muy bien respaldado.

—Ya. ¿Cuántos compañeros tiene aquí?

—¿En Port Arthur? Ninguno. Trabajo solo.

—¡Oh, vamos, Brod!

—Soy un zorro solitario, lo crea o no.

—Entonces... ¿por qué ha hecho contacto conmigo?

—Básicamente, para evitar que cometiera una tontería atentando contra Sue Chamberlain. No me gusta nada que los de nuestra profesión vayamos matándonos unos a otros estúpidamente.

—A veces no nos matamos «estúpidamente»: Gran Bretaña y Argentina están en guerra.

—No declarada. Pero de todos modos..., ¿no le parece una estupidez lo que está pasando en las Malvinas?

—¡Escuche usted, las Malvinas son tierra arg...!

—Ésa es una cuestión a resolver de otro modo. Y espero que sea de ese modo como se resolverá. Mientras tanto, están muriendo

hombres británicos y argentinos. ¿No le parecerá eso una estupidez cuando finalmente se llegue a algún acuerdo?

Armando Fierro estaba lívido de ira. Parecía inevitable una reacción violenta por su parte, pero finalmente se limitó a susurrar:

—De todos modos, aquí han matado a un agente argentino.

—Pero no han sido los británicos.

—¿Entonces?

—Creo que ha llegado el momento de que conversemos con la señorita Mary Laughton.

—¿Y por qué no con Sue Chamberlain?

—Porque Sue Chamberlain se negaría a decirnos de qué va el asunto.

—También se negará la señorita Laughton.

—Oh, sí —sonrió fríamente Broderick Karr—, pero mientras con Sue Chamberlain yo me vería obligado a tener ciertas consideraciones no será así con la señorita Laughton.

—¿Quiere decir que la maltratará?

—Ojalá no tenga necesidad de hacerlo.

—¿Y no sería más sencillo que intentase convencer a la británica?

—En realidad creo que podría conseguirlo. Pero aún suponiendo que la señorita Chamberlain se sincerase con nosotros, ella sólo podría decirnos una parte del asunto. Quizá la señorita Laughton tampoco sepa demasiado, pero creo que sabrá algo más que la señorita Chamberlain. A fin de cuentas, si no me equivoco, la señorita Laughton está sirviendo de enlace entre la señorita Chamberlain y otras personas, así que sabrá no sólo lo que ha hablado con la señorita Chamberlain, sino con esas otras personas que le dan instrucciones.

Armando Fierro emitió un silbido.

—¡No se puede decir que usted no piense, Brod!

—Es lo mínimo que debe saber hacer un espía, ¿no le parece?

—De acuerdo —refunfuñó Armando—, quizá me precipité un poco con lo de la británica, quizá debí esperar más. Pero no crea que soy un mal agente.

—Bueno, eso ya se irá viendo. ¿Café? ¿Coñac?

—Lo que quiero hacer ahora mismo es ir a esperar a la señorita Laughton. Debe estar a punto de marcharse del cine.

—Los británicos la están vigilando —movió la cabeza Karr—, de modo que si vamos allá las cosas podrían complicarse.

—¿Quiere decir que los británicos se fijaron en mí antes?

—Evidentemente.

Armando Fierro palideció.

—Eso significa que si yo hubiera intentado algo contra Sue Chamberlain podían haberme matado.

—Evidentemente —sonrió Karr.

—No me gusta deberle la vida a la CIA —jadeó Armando.

—No se la debe a la CIA; me la debe a mí.

—¿Cuál es la diferencia?

Broderick Karr miró su reloj de pulsera, y frunció el ceño.

—Se nos está haciendo tarde. Vamos a esperar a la señorita Laughton a un sitio en el que, por el momento, no nos tropezaremos con los británicos.

—¿Qué sitio?

—Su apartamento. Allí podremos charlar tranquilamente con ella.

—No debería decir esto de un yanqui —sonrió de pronto Armando, pero qué demonios, Brod, ¡me gustan sus métodos! Y no comprendo por qué se está comportando así conmigo: todo el mundo sabe que Estados Unidos está al lado del Reino Unido en el asunto de las Malvinas.

—Tal vez yo le esté engañando, a fin de cuentas.

Armando se quedó mirando fijamente una vez más los grandes ojos inteligentes de Broderick Karr. Por fin, movió la cabeza, negando.

—No —susurró—. No sé qué pretende, pero no me está engañando.

—¿Quién paga la cena? —sonrió Karr.

—Una cena por mi vida... Permítame invitarle.

—Yo le invitaré a *whisky* en el apartamento de la señorita Laughton. Lo tiene de muy buena calidad.

* * *

Mary Laughton llegó a pie al edificio donde tenía su apartamento, bastante cerca del cine donde trabajaba como

taquillera. Era una noche fría, con amenaza inminente de lluvia, así que la señorita Laughton se encogía bajo su grueso abrigo. Sí, estaba más que harta de aquel lugar, y finalmente conseguiría marcharse de allí. ¡Se iría bien lejos, a un lugar donde siempre brillase el sol! Y si Edgar no quería irse con ella le daba lo mismo. Ella se iría, cuando terminase su trabajo.

Claro que con cincuenta mil dólares no podría vivir toda la vida, pero sí eran una buena base para empezar de nuevo en un sitio agradable. Con cincuenta mil dólares en el banco y un empleo tranquilo y simpático, la vida podía transcurrir muy, muy agradable...

En esto estaba pensando Mary Laughton cuando abrió la puerta de su apartamento, en el tercer piso. Entró, encendió la luz, cerró la puerta, y se volvió, dispuesta a cruzar la salita recibidor hacia su dormitorio. Pero se quedó como clavada al suelo, súbitamente tensa y pálida, mirando a los dos hombres que había allí, sentados en sendos sillones, con un vaso en la mano, y un poco deslumbrados por la recién encendida luz.

—Pase, señorita Laughton —dijo Armando Fierro—. La estamos esperando para sostener una conversación amistosa... en principio.

Mary miró al otro, que parecía más joven y menos peligroso..., y más estrafalario, con aquella desordenada melena.

—¿Quiénes son ustedes? —consiguió murmurar.

—Nosotros haremos las preguntas —dijo Fierro, señalando el sofá—. Siéntese ahí, por favor.

Tras un breve titubeo, Mary Laughton fue a sentarse. Quedó con las piernas muy juntas, las manos sobre el regazo. Tenía la nariz enrojecida por el frío, lo que ciertamente no contribuía a disimular su fealdad. Su mirada volvió hacia el argentino.

Instintivamente, comprendía que éste era el que tenía un carácter más preocupante.

—¿Conocía usted a Héctor Pontini? —preguntó de sopetón Armando.

—¿Pontini? No... No, no.

—Pero habrá leído en algún periódico que fue asesinado hace dos noches.

—No... No me he enterado de eso, no, de veras.

—Está bien. ¿Conoce a una mujer llamada Sue Chamberlain?

La pregunta dio en el blanco de lleno. Mary Laughton se irguió, respirando fuertemente. Su comportamiento ulterior fue absurdo e ingenuo.

—Bueno, no..., no recuerdo ese nombre...

—Pues es extraño —deslizó amablemente Karr—, porque hace varias noches que la señorita Chamberlain conversa con usted cuando adquiere su entrada para el cine.

—Nos referimos a una pelirroja preciosa, que por cierto es agente del servicio secreto británico —añadió perversamente Armando.

Mary Laughton respingó fuertemente y palideció al oír esto. Acto seguido, como disparada por un muelle, se puso en pie de un salto, desencajado el rostro.

Y justo en ese momento sonó el timbre de la puerta del apartamento.

El sobresalto fue ahora colectivo. Mary Laughton volvió a respingar y lo mismo hizo Armando poniéndose velozmente en pie y sacando su pistola, mirando hacia la puerta. Por su parte, Karr permaneció sentado, pero también sacó su pistola y miró hacia la puerta.

La siguiente reacción correspondió a Mary Laughton, todo tan deprisa que nadie pudo controlar los acontecimientos que, en cuestión de segundos, lo desquiciaron todo. Mary Laughton echó a correr hacia la puerta, y Armando extendió el brazo armado, apuntándola...

—¡No, Armando! —exclamó Karr, poniéndose en pie.

Mary llegó a la puerta a trompicones, y la abrió. Fue todo tan rápido que resultó inevitable. Ante la puerta quedaron visibles dos hombres, uno de los cuales, muy feo, sonreía, y parecía dispuesto a hablar.

—¡Edgar! —gritó Mary—. ¡Hay dos hombres...!

Dijo algo más, pero los estampidos de los disparos ahogaron su voz. Los dos recién llegados, por supuesto, habían visto casi inmediatamente a Armando y Broderick, y en seguida sacaron sus pistolas y dispararon contra ambos, al tiempo que lo hacía Armando Fierro contra ellos. El disparo de éste sonó amortiguado por el silenciador, pero los dos de los desconocidos resonaron como cañonazos, y las dos balas, que iban contra Armando, pasaron

zumbando sobre éste, que se tiraba al suelo mientras disparaba, fallando también.

Quien no falló fue Karr, que sacudió la pistola por encima de su cabeza de un modo sorprendente, como agitando una campanilla. La bala pasó por encima de la cabeza de Mary Laughton y acertó en el centro del pecho al sujeto feo y sonriente..., que ya no sonreía cuando recibió el balazo que lo empujó al otro lado del pasillo.

En el momento en que Armando se disponía a disparar de nuevo, el otro sujeto saltaba hacia atrás, desapareciendo de la zona de tiro y gritando:

—¡Ven, corre, Mary!

—¡Edgar! —gritaba ella, abalanzándose hacia el feo—. ¡Edgar, Ed...!

—¡Ven conmigo, estúpida! —aulló el otro.

Pero Mary Laughton no le hacía caso, y caía de rodillas junto al herido, cuya expresión era estupefacta, su mirada blanda, incierta... Mary lo abrazó frenéticamente, sin dejar de llamarlo, con voz rota por los sollozos... Armando y Broderick corrían hacia la puerta del apartamento, dispuestos a salir de éste lanzándose por el suelo. Afuera, en el extremo del pasillo donde se iniciaba el tramo de escalones descendentes de aquel piso, el otro sujeto se volvió, contempló la escena entre Mary Laughton y el feo, y, tras lanzar una maldición, apuntó un instante y disparó, echando a correr acto seguido escaleras abajo, sin pararse a ver el resultado de su disparo.

Pero Armando y Broderick sí lo vieron, justo mientras salían al pasillo deslizándose por el suelo: la bala acertó a Mary Laughton en la sien izquierda, un poco hacia atrás, casi por encima de la oreja, y reventó la cabeza de un modo escalofriante. La mujer saltó como sacudida por una descarga eléctrica, soltando al feo, pasando por encima de él expeliendo un horripilante surtidor de sangre y masa encefálica, y cayó rodando y dejando rojos manchurrónes por el suelo.

Armando se puso en pie de un salto, lívido, horrorizado, y se dispuso a correr en pos de hombre, cuyas pisadas se oían escaleras abajo...

—No, no —dijo precipitadamente Karr—. ¡Tenemos que marcharnos!

—Pero...

—¡Tenemos que marchamos! ¡Estos dos están muertos, y abajo las cosas se van a complicar demasiado! ¡Ven conmigo!

Armando parecía tener los pies clavados al suelo, mirando ahora el rostro del feo, que tras una fuerte crispación se había relajado. Su gesto estupefacto persistía, sus ojos miraban la nariz.

—¡Armando! —llamó Karr, en la puerta del apartamento.

Abajo se oyó un grito, un disparo, un largo alarido, otro disparo, otro grito... Luego, el retumbar de algo en los escalones. Armando Fierro comprendió. Miró a Broderick Karr, asintió, y entró tras él en el apartamento. En un instante estuvieron en la cocina, cuya ventana daba al interior de la manzana. Karr la señaló, y eso fue todo. Salió el primero, con una agilidad y una decisión que puso los pelos de punta a Armando cuando miró hacia abajo. Parecía totalmente que Karr tenía ventosas en las manos.

—¡Vamos! —exigió, mirando al argentino.

Como un felino, Armando Fierro comenzó a descolgarse detrás del espía norteamericano.

—¿Estás seguro de que dará resultado? —preguntó Armando.

—Sí. Tú espera aquí.

Karr salió del coche, y se metió en la cabina telefónica cerca de la cual se habían detenido. Fierro miró a todos lados, ya más tranquilo, pero aún resoplando por el esfuerzo realizado. ¡Demonios con Brod! Pese al grueso chaquetón se había movido con una agilidad y rapidez que casi había dejado atrás verdaderamente al atlético argentino, más alto y más fuerte a todas luces. Además, era verdaderamente un zorro, pues ya conocía el camino para escapar; debía haberlo estudiado la vez anterior que estuvo fisgando en el apartamento de Mary Laughton, naturalmente. Parecía que podía prevenirlo todo...

Lo miró, dentro de la cabina. Estaba marcando el número del hotel de Sue Chamberlain. Luego le vio moviendo los labios, hasta que de pronto el yanqui se volvió de espaldas a él. Armando frunció el ceño. ¿Por qué hacía eso? ¿Temía que él pudiera saber lo que decía viéndole mover los labios? De todos modos, daba lo mismo. Seguro que no conseguiría sus propósitos. Sue Chamberlain se negaría a recibirlos en el hotel, naturalmente, después de lo sucedido con Mary Laughton. No podía estar más claro que los que habían intervenido escaleras abajo eran los británicos, que se

habrían alarmado, y, ahora sí, se apresurarían a poner fuera del alcance, de cualquiera a la bellísima Sue Chamberlain...

Bueno, ¿y por qué siempre que pensaba en ella pensaba que era hermosa, preciosa, bellísima y cosas así? Y además, ¿por qué pensaba tanto en ella? Armando Fierro quedó aterrado de pronto, al darse cuenta de que no había dejado de pensar en la espía británica ni un solo momento desde que la viera en el vestíbulo del hotel, acudiendo a su llamada telefónica...

Se sobresaltó, respirando fuertemente. Karr se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa? —Lo miró intrigado.

—Nada... Nada. ¿Has podido hablar con ella?

—Sí. Nos está esperando.

El argentino no dio crédito a sus oídos.

—¿Qué? —exclamó.

—Que no está esperando en su habitación del hotel.

—Pero... ¿cómo lo has conseguido?

—Tengo un gran poder de persuasión. Anda, vamos al hotel Nipigon. Por cierto, tú todavía no tienes alojamiento, ¿verdad?

—No... Aún no he buscado nada.

—Bueno, eso está solucionado. Te alojarás conmigo. Vamos a ver a la señorita Chamberlain. Y a propósito; es una chica encantadora, ¿no te parece?

Armando Fierro soltó un gruñido, y arrancó. ¡Encantadora!

* * *

Pero sí, lo era. Era encantadora, además de bellísima. Los recibió en pijama de seda largo, de amplias mangas y delicioso escote, de color negro. El contraste entre este color y su fina piel resultaba turbador, y la turbación aumentaba al contemplar su roja cabellera alborotada. Era más que bella y más que encantadora, era... era excepcional.

Única.

—Hola —le sonrió Karr—. Soy yo. La llamé antes.

—Pase usted, Karr. ¿Qué tal? —Le tendió la mano.

—Bien. El es Armando Fierro, argentino.

—Ya. ¿Cómo está, señor Fierro?

No le tendió la mano a él, y Armando comprendió. En las

actuales circunstancias entre Argentina y el Reino Unido, todo tenía un límite. Ella cerró la puerta, y se volvió. Bajo la seda del pijama, sus senos, sueltos, oscilaron con deliciosa turgencia. El pezón se marcaba de modo muy visible. Los tenía grandes y sólidos... Seguramente de un rojo rosado inigualable. Armando se dio cuenta del extraño silencio, dejó de mirar los pezones bien marcados en la tela, y miró a la muchacha. Sintió un sofoco de rabia al ver la burlona expresión de ella.

—Espero que determinados detalles no le distraigan a usted de la conversación, señor Fierro —dijo amablemente—. ¿Le parecería mejor que me pusiera alguna otra prenda encima?

—A mí me es indiferente —gruñó Armando.

—Bien. Efectivamente —la muchacha se volvió hacia Karr—, quienes subieron detrás de aquellos dos hombres eran compañeros míos. ¿Qué pasó, Karr? Bueno, siéntense.

Se sentaron los tres, ella en el borde de la cama. Tenía la boca en verdad bonita... Armando Fierro oía como un lejano rumor la voz de Karr explicando lo que había sucedido en el apartamento de Mary Laughton. Tenía la mirada baja, pero de cuando en cuando la alzaba subrepticamente para mirar los pezones bien marcados de Sue Chamberlain o sus hermosas manos apoyadas en el borde de la cama. Era una mujer... que emitía como un denso perfume femenino. El se entendía.

Alzó vivamente la cabeza al oír la voz de ella por fin:

—Mis compañeros mataron al que escapaba. Les disparó, y no tuvieron más remedio. En estos momentos están atendiendo las exigencias de la policía canadiense. Como es lógico, habrán recurrido a nuestros colegas de este país para suavizar la situación. Dicho de otro modo: nosotros tres vamos a ser dejados al margen de todo esto.

—Eso me parece muy conveniente —dijo Karr—. Supongo que no tardarán mucho sus compañeros en darle alguna información sobre aquellos dos hombres.

—De momento ya sé sus nombres. Uno de ellos se llamaba James Prince. Éste era el que huía, el que mató a la señorita Laughton, evidentemente para que no delatara lo que sabía del asunto. El otro se llamaba Edgar Laughton.

—¡Ah! —exclamó Armando—. ¿Era hermano de la taquillera?

—Sí. Desde el primer momento yo me estuve preguntando cómo se podía haber metido esa pobre mujer en un lío como éste, pero ahora lo veo claro. Es fácil comprender que esa gente precisaba de alguien que hiciera de mediador entre ellos y la gente que estaban contratando, y la elección recayó en la desdichada Mary Laughton, supongo que por ser hermana de uno del grupo contratante, el tal Edgar Laughton. En ocasiones, grupos de gente aventurera recurre a sitios de los más diversos para efectuar sus contrataciones. Esta vez eligieron la taquilla de un cinematógrafo. Debieron ofrecerle una cantidad a Mary Laughton por actuar de mediadora, aunque bien poca cosa hacía.

—Supongo que usted está hablando con total conocimiento de causa, señorita Chamberlain —deslizó Armando.

—Por supuesto, ya que fui una de las personas contratadas.

—Nos gustaría oír eso en su versión íntegra, si es posible —pidió Broderick Karr.

—Sí, ¡cómo no!, encantada, Karr. Para usted, cualquier cosa que...

—¿Y eso por qué? —saltó Armando—. ¿Por qué para él? ¿Acaso es alguien especial? ¿Se conocían ustedes antes, quizá, o algo así? Dejando aparte el hecho de que usted es británica y él es yanqui, lo que los alía automáticamente, parece como si lo que dice o pide Karr fuese sagrado. ¿Por qué?

—Señor Fierro, ¿usted sabe con quién está tratando? —preguntó Sue Chamberlain.

—Dejemos eso —intervino sonriente Karr—. Está claro que nuestro colega es eminentemente temperamental, señorita Chamberlain, pero eso no debe afectar la marcha de nuestras buenas relaciones. ¿Cuál es esa versión íntegra? —Si el señor Fierro me lo permite puedo explicarlo— rió Sue.

Armando Fierro sintió como una explosión de algo caliente en todo su cuerpo. En aquel mismo instante, viendo y oyendo reír a Sue Chamberlain, se habría abalanzado sobre ella... para morder apasionadamente su boca, pero lo que hizo fue sumirse en un hosco silencio.

—Me parece que el señor Fierro lo permite —dijo Karr—. ¿Qué pasó?

—Bien... Nosotros, el MI 6, se entiende, tuvimos conocimiento

en Inglaterra de que algunos sujetos peligrosos residentes allá estaban partiendo hacia Canadá. No eran mercenarios ni aventureros de tercera fila, créanme, sino gente experta, bien preparada, de ésos cuya intervención en cualquier asunto 10 convierten en importante y peligroso. De modo que, lógicamente, nos interesamos por ello. Conseguimos cazar a uno que había tenido contacto con otro que ya había partido, y, recurriendo a procedimientos poco agradables le hicimos decir de qué iba el asunto: él, al igual que otros, debía venir a Port Arthur, Canadá, y ofrecer sus servicios en la taquilla del Lake Cinema...

—¿Qué clase de servicios? —Gruñó Armando.

—Servicios completos, señor Fierro. Es decir, para lo que fuese. Se entiende que se incluía matar, si era necesario.

—Ya. ¿Y usted ofreció esos servicios?

—Así es. En veinticuatro horas se me preparó una cantidad... adecuada, un expediente convincente como persona peligrosa, y fui enviada a Canadá. Mi misión, usted lo habrá comprendido perfectamente, era presentarme en la taquilla del Lake Cinema, presentar algo así como un *currículum vitae*, y pedir trabajo para el asunto en cuestión, que todavía desconozco. Después de eso, yo, y naturalmente supongo que todos los demás que llegaron antes que yo, debíamos ir volviendo por allí hasta que la señorita Laughton, tras haber pasado nuestro nombre, recibiera autorización para contratarnos. En mi caso ha requerido dos días.

—Es decir, que esta noche Mary Laughton le ha dicho a usted que estaba aceptada.

—Exacto. Y me atrevería a decir que mi contratación cerraba el ciclo. Por eso, su hermano, Edgar Laughton, fue a visitarla, sin duda para decirle que todo había terminado, que ya no admitirían a nadie más, después de esta noche.

—Pero usted quedó contratada.

—Sí, fui aceptada.

—¿Y qué le dijo Mary Laughton? ¿Qué ha de hacer usted?

—Tomar el tren mañana. Cosa que ya sabía, pues es lo que han estado haciendo hasta ahora todos los que han sido contratados por Mary Laughton, tanto británicos como argentinos.

—¿Qué? —saltó Armando—. ¿Qué ha dicho usted?

—Ya me ha oído; esa gente están contratando británicos y

argentinos.

—¿Norteamericanos no? —preguntó Karr.

—No. Ni de ninguna otra nacionalidad; sólo británicos y argentinos, con pasaporte en regla.

Armando Fierro estaba absolutamente desconcertado. Y, en el fondo, sin saber exactamente porque, alarmado. Muy alarmado.

—¿Y eso por qué? —murmuró por fin—. ¿Por qué sólo argentinos y británicos?

—Eso no lo sé todavía, señor Fierro. Ya le digo que todo lo que sé es que debo tomar el tren mañana. Y no me pregunten qué pasará luego, porque no lo sé. Mis compañeros estaban vigilando la taquilla del cine antes de que yo llegara, pero los que iban siendo contratados definitivamente desaparecían de la noche a la mañana. Ahora yo sé por qué. Se les indicaba que, con toda clase de precauciones, debían borrar todos sus rastros hasta aquí, tomar el tren, y si en éste observaban que alguien les vigilaba seguir el viaje hasta Superior Junction. Si se convencían de que todo iba bien y nadie les vigilaba, debían apearse del tren, o bien cuando alguien les abordaba para indicárselo, o bien, como máximo, al llegar a Graham, que está a unas cien millas de Port Arthur. Como contraseña, y al menos en lo que se refiere a mí, debemos llevar un periódico doblado verticalmente, no horizontalmente, como suele hacerse. Esto aparte, como es lógico que pensemos, nuestra descripción debe estar en poder de esa gente, y no me sorprendería que incluso fotografías tomadas con teleobjetivo cuando vamos la segunda o tercera noche al cine. Así que, salvo... imprevistos. —Sue Chamberlain miró a Karr—, mañana por la tarde tengo que tomar el tren en Fort William.

—Quizá sea peligroso después de lo sucedido con los Laughton y con el otro, el tal James Prince.

—Quizá —admitió Sue—, pero no tenemos ya ninguna otra pista. Así que me propongo tomar ese tren, como si no supiera nada sobre lo sucedido a los Laughton y su amigo Prince.

—¿Eso es valor o inconsciencia? —masculló Armando.

—Señor Fierro, por mis condiciones fui seleccionada por el MI 6 para este trabajo. Y lo haré hasta donde yo pueda hacerlo.

—Podrían matarla.

—¿Y eso le preocupa a usted? —se sorprendió Sue.

El argentino frunció el ceño y bajó la mirada. ¿Preocuparle? Se sorprendió a sí mismo pensando que le aterraba la idea. Se sorprendió tanto que ni siquiera se dio cuenta del largo silencio que se produjo. Y cuando se dio cuenta respingó. Sobresaltado, y miró rápidamente a uno y otro espía, que le contemplaban con diferentes expresiones. Sue Chamberlain intrigada, al parecer. Broderick Karr, socarrón. Y con esa misma expresión socarrona alzó un dedo y dijo:

—Yo la vi primero.

—¿A quién? —exclamó Armando.

—A Sue.

—¿Qué quieres decir?

—Tendremos que pensar algo inteligente sobre esta situación —desvió el tema Karr—. ¿Se te ocurre algo?

—Lo único que se me ocurre es que deberíamos ir en tren hacia Graham llevando un periódico doblado verticalmente. Pero eso sería absurdo por parte de nosotros dos, considerando que no hemos presentado nuestro *currículum vitae* en la taquilla del Lake Cinema y que por tanto no hemos sido contratados.

—Sí, sería bastante absurdo —asintió Karr—. Y peligroso, pues demostraríamos saber mucho más de lo que debíamos saber.

—Están contratando argentinos y británicos —murmuró obsesivamente Armando—. No lo entiendo. ¿Para qué?

—Para nada bueno —murmuró Karr—. Incluso me atrevería a decir que nos hallamos ante una situación de gravísima emergencia bélica.

—¡Vaya una cosa! —exclamó Armando—. ¡Eso ya lo sabemos! Los británicos y los argentinos nos estamos zurrando en las Malvinas, ¿no?

—Podría ser peor —deslizó Broderick Karr—. Cuando yo hablo de una emergencia bélica no me refiero a unas refriegas más o menos importantes, sino a un verdadero peligro de contienda bélica... generalizada.

—¡Dios...! ¿De qué estás hablando, Brod?

Karr encogió los hombros. En ese momento sonó el teléfono, y Sue descolgó rápidamente el auricular.

—¿Si?

—...

—No, tranquilo, todo está muy bien. Ningún problema.

—¿...?

—Llegaremos a entendernos, creo. —Sue miró con fugaz sonrisa a Armando Fierro—. ¿Sabéis algo de la taquillera y lo que ocurrió?

—...

—Ah... Ajá, sí, entiendo. De acuerdo. Adiós —colgó, miró a Fierro, y dijo—: El sujeto llamado James Prince llevaba encima una *Parabellum* de nueve milímetros. Mis compañeros preguntan si quiere usted esa arma, para que los de usted hagan las comprobaciones de balística que crean oportunas.

—No hace falta —murmuró sombríamente Armando—. Estoy convencido de que fueron ellos quienes mataron a Héctor Pontini, señorita Chamberlain.

—Vaya, es de agradecer. Y otra cosa, que es para lo que realmente me han llamado: han encontrado el coche de ellos. Había en el maletero un sobre con cincuenta mil dólares.

—El precio de una vida —susurró Karr—: la de Mary Laughton. Seguramente se habría marchado pronto de aquí a disfrutar de la vida en otro sitio. Bien, un simple análisis de la situación nos permite establecer fácilmente que por el momento debemos permanecer en este trabajo...

—¿Y tú por qué? —Gruñó Armando—. No eres británico, ni mucho menos argentino. ¿Qué demonios pinta la CIA en esto, quieres decírmelo?

—Pongamos la cosa de este modo: si esa situación de emergencia bélica llegara a un límite desastroso..., ¿no se vería envuelto Estados Unidos en un conflicto?

—Tu país siempre se está metiendo en conflictos —chirrió la voz de Armando—. ¡Maldita sea, siempre! O propios o ajenos, pero siempre anda metiendo sus nances donde no debe. ¡Tú y tu maldita CIA! Creo que está bien claro que si alguien debe hacer en este asunto somos la señorita Chamberlain y yo.

—Tenía la impresión de que te resultaba antipática.

—Ésa es otra cuestión.

—¿Sí? —saltó Sue—. ¿Por qué? ¿Por qué es otra cuestión? Y además, ¿por qué le soy antipática?

—Yo no he dicho eso —gruñó una vez más Armando—. De todos modos, tal como están las cosas no creo que usted y yo podamos simpatizar mucho... Lo que no impide que al ser los

directamente afectados debamos ser los que afronten esta situación.

Argentinos y británicos y nadie más. ¿No es razonable lo que digo? —Me parece que sí— admitió Sue, mirando a Karr.

—Bueno, tal vez Armando tenga alguna buena idea —dijo Karr.

—No sé si es buena, pero tengo una. ¿A qué hora sale su tren..., y a qué hora comenzaba a trabajar Mary Laughton en la taquilla del cine?

—A las dieciocho quince. A las catorce treinta.

—Pues podría dar resultado. Usted y yo simulamos encontrarnos mañana por la ciudad, charlamos, y por la tarde se va a las taquillas del cine, como si quisiera decirle algo a la señorita Laughton. Naturalmente, ella no estará allí, pero de todos modos, a las dieciocho quince usted y yo tomaremos juntos el tren. Cuando alguien haga contacto con usted, me presenta como un antiguo amigo argentino al que conoció en Inglaterra, y del cual ha pensado que podría tomar parte en el asunto. Y en vista de que no ha encontrado a Mary Laughton en la taquilla del cine ha decidido llevarme directamente a donde sea. ¿Qué tal?

—Podría dar resultado —dijo Karr.

—Pero es muy peligroso —titubeó Sue—. Para los dos.

—Estoy seguro de que esa gente está tramando algo asqueroso —dijo Armando—. Yo estoy dispuesto a luchar contra ello. ¿Y usted?

Sue Chamberlain frunció el ceño. Pero de pronto sonrió, y dijo:

—Señor Fierro, usted no va a ser más valiente que yo. Acepto. ¿Está de acuerdo con esto, Karr?

—Ya he dicho que podría dar resultado —sonrió a su vez Karr—. Bien, creo que sería conveniente que ustedes dos estudiaran muy bien todos los detalles de su «antigua amistad», por si les hacen preguntas al respecto. Forjen una historia convincente. Yo había ofrecido mi apartamento a Armando, pero lo mejor sería que se quedara aquí. Así tendrán tiempo de arreglarlo todo, de charlar largo y tendido. Les llamaré por la mañana.

Karr se puso en pie, ante la atónita mirada de Fierro.

—¿Quieres decir que tengo que pasar la noche aquí?

—No irás a negar que te dejo en muy grata compañía, querido —rió el norteamericano.

—Para mí es un acuerdo de trabajo, eso es todo.

—Naturalmente. —Karr se acercó a Sue, y le dio un suave beso en los labios—. Muy agradecido por la colaboración, señorita Chamberlain.

Ella entornó los párpados, y susurró:

—Preferiría que se quedase usted.

—No creo —movió la cabeza Karr.

Y de pronto se echaron a reír los dos. Karr fue hacia la puerta, la abrió, y se volvió, mirando a Armando.

—Procura no ser demasiado desagradable con Sue.

Salió, cerrando suavemente. Armando estuvo unos segundos silencioso antes de decir:

—Estoy seguro de que ustedes dos ya se conocían de antes.

—No, de verdad. Pero Karr es una persona con la que da gusto relacionarse; ¿no está de acuerdo?

—Usted sabrá —farfulló Armando, dirigiendo una veloz e inevitable mirada a los pezones de la espía británica.

—Señor Fierro, voy a resolverle a usted una duda, a fin de que deje de cavilar y de distraerse, pues quisiera una conversación seria y metódica. —Sue Chamberlain se quitó la blusa del pijama, dejando al descubierto sus pechos, ante el pasmo del argentino—. Contémpelos bien, sepa cómo son mis pezones, decida si le gustan o no, saldemos esa cuestión, y hablemos. ¿Vistos?

Armando Fierro parecía hipnotizado. Si, eran unos pechos magníficos, y los pezones eran sensacionales. Estuvo mirándolos largamente, y, por fin, alzó su mirada hasta los ojos de Sue Chamberlain.

—Vistos —murmuró.

—Muy bien. —Sue se puso la blusa—, entonces comencemos esa charla sobre nuestra vieja amistad, a fin de que mañana por la tarde podamos tomar el tren con tranquilidad.

CAPÍTULO III

A las seis y cuarto de la tarde, el tren partió de la estación central de Fort William, ciudad aldeaña con Port Arthur; en realidad formaban un solo núcleo urbano a orilla del lago.

Cada uno de ellos portaba una sola maleta, y Sue, además, un maletín ele viaje lleno de cosas, entre las cuales estaban los cigarrillos. Ofreció a Armando, ambos sentados uno frente al otro en uno de los compartimientos. El argentino aceptó, en silencio. A los pocos minutos el núcleo urbano había quedado atrás. Armando fumaba en silencio, mirando por la ventanilla. Al igual que Sue Chamberlain, llevaba en el bolsillo de su chaqueta un periódico doblado verticalmente. Los equipajes y los gabanes viajaban en las rejillas sobre sus cabezas.

Muy bien: ¿dónde se había metido el maldito Karr? Había llamado por la mañana a la habitación de Sue, había hablado con ésta, y tras quedar enterado de que todo había quedado bien acordado entre la británica y el argentino no había vuelto a saber de él. ¿Dónde se había metido? ¿Había decidido, finalmente, dejar que fuesen ellos quienes atendiesen el asunto?

—La próxima estación es Kaministikwia —dijo de pronto Sue.

—¿Y qué? —La miró inexpresivamente Armando.

—Es un nombre raro, ¿no le parece?

—Es un nombre indio. Y en este continente y en este lugar de él resulta adecuado. Más adecuado que Quebec o Montreal, pongo por caso. Todos los nombres de esta parte del continente americano deberían ser así.

—Bueno, no vamos a discutir sobre colonizaciones o invasiones, ¿verdad? A fin de cuentas, sus antepasados, los españoles, también fueron colonizadores o invasores de un continente que no era suyo.

¿Ha leído usted *El dios de la lluvia llora sobre México*?

—No.

—Pues léalo.

—Muy bien, lo leeré. ¿Algo más?

Sue Chamberlain apretó los labios, y no contestó. Armando se sumió de nuevo en sus meditaciones. Cuando recordaba la parte correspondiente a su trabajo de agente secreto todo iba bien, no se alteraba. El hombre que había matado a Héctor Pontini ya estaba muerto, y en estos momentos él iba en busca de la persona o personas que dirigían aquella extraña operación. Hasta aquí, bien, y esperanzador.

Pero cuando recordaba la vertiente personal del asunto se sentía entre deprimido y desasosegado. Casi no había dormido en toda la noche, oyendo la respiración de Sue Chamberlain a su lado, en la misma cama. ¡Maldito Brod! ¿Por qué no se lo había llevado con él a su apartamento? Había sido una noche de suplicio atroz. En la habitación no había otro sitio donde se pudiera dormir salvo la cama, de modo que, con toda naturalidad, Sue Chamberlain así lo había aceptado, sin hacer siquiera una alusión a cualquier conflicto de tipo sexual entre ellos. Eran espías, la situación requería dormir en la misma cama, y eso era todo. ¡Y vaya si había dormido ella!

Pero no él, que percibía el calor del cuerpo de la hermosa pelirroja y oía su respiración lenta y profunda...

Llegaron a Kaministikwia, hubo una breve parada, y el tren continuó su camino hacia el Noroeste. Durante las siguientes veinte millas fueron pasando por pequeñas localidades relativamente cerca unas de otras. Las últimas fueron Ralsh, Linko y Argón. La siguiente estación era Larson. Luego, Graham, su punto de destino. A ambos lados del tren había lagos y más lagos. La noche llegó cuando pasaban cerca del Muskge. Quedaban solamente diez millas para llegar a Larson. De aquí a Graham había unas veinte. Y todo parecía que iba bien...

Armando alzó la mirada, y vio a Sue Chamberlain mirándole fijamente. Ella parpadeó, y miró hacia el exterior oscuro y húmedo.

—Creo —dijo Armando— que deberíamos tutearnos, a fin de evitar sorprender a quien nos recoja.

—Sí, es cierto —le miró ella lentamente—. De acuerdo.

—Bien.

De nuevo quedaron silenciosos. Llegaron a Larson. Todo transcurría normalmente.

Larson quedó atrás. Sue miró a Armando.

—Llegaremos a Graham en media hora, más o menos.

—Sí.

—En mi opinión deberías ser algo más locuaz y amable conmigo..., sólo para representar nuestro papel. No tendría sentido que llevase conmigo a un «viejo amigo» que me mira con hostilidad.

—No te miro con hostilidad —protestó Armando.

—Ya lo creo que sí.

—Pues lo siento, no es ésa mi intención.

—¿Ah, no?

—Ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que está pasando aquí... ni en las Malvinas.

—Hombre, me alegra oírte decir eso. Tenía la impresión de que me considerabas única y malvada culpable de eso.

—No digas tonterías. De todos modos, debo reconocer que he sido un poco estúpido.

—¿Un poco? ¡Cielos...! ¡Eres el hombre más estúpido que he conocido, Armando Fierro!

—¿Te gustan más melosos..., como Karr, por ejemplo?

—¡Deja en paz a Karr! Y además, tú ni siquiera eres normal. Si lo fueses, esta noche, habrías intentado algo, ¿no te parece?

—A lo mejor estoy castrado —sonrió torcidamente Armando—. Y me pregunto qué habrías hecho tú si yo hubiese pretendido...

Los dos volvieron de pronto la cabeza hacia la puerta del compartimento, donde acababa de detenerse un hombre, mirando hacia el interior. Quizá había subido en Larson. Pero hubiera subido donde hubiera subido los dos lo identificaron en el acto como un sujeto de cuidado. Alto, fuerte, duro. No se percibía el bulto de arma alguna bajo su gabán, pero sin duda iba armado. El hombre miró los asientos vacíos, los miró a ellos, titubeó, e hizo el gesto de continuar caminando por el pasillo. Armando miró hacia el exterior, mientras Sue continuaba mirando al hombre, que al captar el gesto del argentino se detuvo, la miró a ella, y le hizo un gesto con la cabeza. Luego, caminó pasillo adelante.

—Ahí están —susurró Sue—. Quiere hablar conmigo. Espera aquí.

Armando Fierro asintió, mientras sentía un súbito vacío en el estómago. Sue se puso en pie, salió del compartimiento, y se reunió unos pasos más allá con el desconocido.

—Usted es Sue Chamberlain —dijo él.

—Sí, en efecto.

—¿Y él? No tengo noticias de que haya sido contratado, pero lleva un periódico como usted. ¿Qué significa eso?

—Es un antiguo amigo que conocí en Londres hace un par de años. Un tipo interesante. Me lo encontré ayer en Port Arthur, y esta tarde he ido a la taquilla del cine para sugerir su contratación a la taquillera, pero ella no estaba. Me pareció que podía interesarles. Le aseguro que vale la pena.

—¿Cómo se llama?

—Armando Fierro. Es argentino.

El sujeto asintió, pensativo. Luego señaló pasillo adelante.

—Venga conmigo.

Sue le siguió. Llegaron a la plataforma cerrada, donde no había nadie. El desconocido sacó de pronto la pistola provista de silenciador, y apuntó al pecho a Sue Chamberlain, que palideció, y quedó inmóvil, fija la mirada en el arma. El hombre sacó con la mano izquierda una pequeña radio de bolsillo del gabán, efectuó el contacto, y dijo:

—¿Me oyes?

—Claro.

—Liquida al tipo. Yo me encargo de ella.

Cerró la radio y la guardó. Con la mano izquierda abrió la puerta del WC, y con la pistola señaló el interior. Sue se pasó la lengua por los labios, y el hombre frunció el ceño.

—Pasa ahí dentro. Charlaremos. Pasa, o te vuelo la cabeza ahora.

Sue entró en el compartimiento higiénico, y el sujeto lo hizo detrás. Cerró la puerta. Sonrió de pronto, mostrando una dentadura blanca y fuerte, de lobo.

—Súbete la ropa —ordenó—; vamos a echar un polvo, preciosa. Un interesante polvo salvaje. ¡Vamos!

Sue aspiró profundamente, y se alzó la ropa hasta la cintura. La mirada del hombre se posó en el vientre femenino, lúbricamente. Adelantó la mano izquierda, agarró la braguita negra, y la arrancó

de un tirón brutal, tirándola a un lado.

—Apóyate de espaldas en la pared y abre las piernas.

Sue obedeció. Tenía la pistola en la axila. Una pequeña y eficaz pistola, pero que no podía utilizar en aquel momento. Tal vez podría cuando el hombre, cumpliendo sus propósitos sexuales, perdiera el control. O la violación o la muerte. El hombre se acercó a ella, manipuló en su pantalón, y acto seguido se apretó contra ella.

—Vamos —jadeó—. ¡Colabora!

La espía británica bajó ambas manos. Por encima del hombro izquierdo del hombre vio cómo la puerta del WC se abría lenta y silenciosamente. El hombre se disponía a realizar el acto. En la puerta apareció el rostro de Broderick Karr. Sue abrió mucho los ojos. El hombre jadeaba intentando hallar el camino deseado. Karr entró, apoyó la boca del silenciador de su pistola en el costado izquierdo del sujeto, bajo la axila, a la altura del corazón, y apretó el gatillo.

Plop, chascó el disparo.

El hombre soltó un respingo, saltó descontroladamente, y Karr lo empujó hacia un lado, tirándolo en un rincón.

—¡Van a matar a Armando! —jadeó Sue.

—No te muevas de aquí.

Se guardó la pistola y salió rápidamente, cerrando. Sue miró al hombre muerto, arrugado junto al inodoro, con la cabeza ladeada como si quisiera echar un vistazo al interior de la taza. Tenía los ojos abiertos...

* * *

Tras abrir la puerta cristalera del compartimiento, el desconocido había entrado en éste, saludando en un murmullo, y se había sentado frente a Armando y un poco a su derecha. Armando le miraba inexpresivamente. El hombre sacó un paquete de cigarrillos y el encendedor. Prendió un cigarrillo, guardó el paquete y el encendedor..., y sacó de la axila la pistola, con la que apuntó al argentino.

—Amigo, vas a...

El pie derecho de Fierro se alzó, y la punta golpeó en la mano

del asesino profesional, que pese a esto apretó el gatillo, ahogando una exclamación de dolor y rabia. La bala dio en el techo del compartimiento..., mientras Armando, fuertemente lanzado, caía sobre el sujeto, sujetando en el acto su mano derecha con la izquierda. El hombre forcejeó para ponerse en pie, y su gesto favoreció a Armando, cuya acción inesperada dio excelentes resultados: bajó con fuerza su cabeza, golpeando con la frente al asesino justo sobre la nariz. El hombre gritó su dolor, sus ojos se llenaron de lágrimas, y unas gotas de sangre salieron disparadas por sus fosas nasales. Sin soltar la mano derecha del asesino, Armando sacó su pistola. El hombre alzó el rostro, vio el arma, y sus ojos se abrieron mucho. Intentó desviar la mano derecha de Armando, pero éste la adelantó con fuerza, como si quisiera clavar el silenciador en el pecho de su adversario, y al mismo tiempo apretó el gatillo.

El hombre saltó en el asiento, desencajado el rostro, desorbitados los ojos, torcida la boca hacia un lado. Se relajó en el acto, y su cabeza cayó sobre el pecho. Armando volvió velozmente la suya al vislumbrar de reojo la presencia de otra persona en el pasillo, ante la puerta. A través del cristal vio a Broderick Karr, que entró rápidamente, bajó la cortinilla que ocultaba el cristal de la puerta, y señaló la ventanilla.

—Arrójalos fuera —dijo.

—¿Y Sue?

—Ella está bien.

Salió de nuevo, cerrando la puerta. Armando se guardó la pistola, y abrió la parte superior de la ventanilla. Una ráfaga de aire frío inundó el compartimiento, alborotando sus cabellos, aliviando su acalorado rostro. Regresó ante el hombre, lo puso en pie sujetándolo por las axilas, y lo desplazó como si fuese un muñeco hacia la ventanilla, en la cual lo dejó apoyado de frente. Se inclinó, lo asió por las piernas, y lo alzó verticalmente. El torso del hombre se venció hacia el exterior. Armando realizó el último esfuerzo, y todo el cuerpo pasó por la ventanilla. Recogió el arma del sujeto, la tiró también al exterior, cerró la ventanilla, y ocupó enseguida su asiento, ordenando sus cabellos y su ropa. No vio ninguna mancha de sangre en parte alguna.

—Ella está bien —había dicho Brod.

Apenas medio minuto más tarde, la puerta se abrió, y entró Sue

Chamberlain, que alzó la cortinilla de la puerta tras cerrar ésta, y fue a sentarse en su asiento. Las miradas de ambos quedaron como conectadas, tensas. Armando Fierro sintió como una descarga eléctrica en todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —murmuró—. ¿Bien?

Ella asintió, con bruscos movimientos de cabeza. Armando se fijó en aquella cosa negra que llevaba fuertemente apretada en una mano.

—¿Qué es eso?

Ella miró su mano, la acercó a Armando, y la abrió. El tardó un par de segundos en identificar la braguita. Palideció. Ella movió negativamente la cabeza.

—Karr llegó en el momento justo —murmuró—. Lo habría matado yo mientras me violaba, pero Karr no le dio tiempo a nada. Lo mató.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Karr lo deja a nuestra elección. Podemos seguir el viaje y buscar otra pista, o bajar en Graham con los periódicos doblados. Pero si han querido matarnos ahora quizá insistan en Graham.

—¿Se te ocurre alguna otra pista?

—No.

—A mí tampoco. ¿Qué pasa con el tipo que te llamó?

—Karr esperará a que el tren salga de Graham, escondido con el cadáver en el WC. Impedirá que las puertas se cierren cuando el tren se ponga en marcha, y arrojará fuera a ese hombre.

—Pero entonces él tendrá que seguir en el tren... ¡Perderemos el contacto!

—Karr se las arreglará. ¿Piensas bajar en Graham?

—Yo sí. Pero tú seguirás con Karr, y cuando...

—Si tú bajas, yo bajo.

Seguían mirándose fijamente. Armando miró de nuevo la braguita, y, de pronto, sonrió ceñudamente.

—Has debido pasar un mal momento —deslizó.

Ella no contestó. Se puso en pie, bajó su maleta de la rejilla, la abrió, y metió dentro la braguita. En el pasillo, tras el cristal de la puerta, vieron una pareja caminando hacia la plataforma.

—Debemos estar llegando a Graham —dijo Armando—. Seamos sensatos. Si te quedas con Karr podrás.

—No. Esto es cosa nuestra, tuya y mía. Recuerda: argentinos y británicos. Además, ¿qué harías tú solo? No te conocen, nadie se acercaría a ti.

—Lo harían, de un modo u otro, al ver el periódico doblado en el bolsillo de mi gabán.

—¿Sí? Quizá todo lo que hicieran sería meterte unas cuantas balas en la espalda. En cambio, si me ven a mí, cuando menos querrán saber qué ha ocurrido en el tren. ¡Y ni siquiera sabemos si habrá alguien esperando!

—Insisto en que...

—Escucha, Fierro —se irritó la británica—, ¿quieres dejarme en paz? Voy a bajar contigo, eso es todo.

El argentino frunció el ceño, y no contestó. Se puso en pie, agarró su maleta, luego el gabán, y se puso éste. Se estaba poniendo su abrigo. El tren disminuía la velocidad.

CAPÍTULO IV

El hombre que esperaba en la estación de Graham vio aparecer el tren precedido por la luz, y tras arrojar la punta del cigarrillo se acercó al centro del andén, donde esperaban media docena de personas con maletas. El tren llegó, se detuvo, y descendieron cinco personas. El hombre parpadeó, desconcertado, miró el tren de punta a punta, como esperando ver apearse a alguien más, y, como esto no sucediera, miró con más atención a los cinco pasajeros que se había apeado.

Por supuesto que ninguno de ellos eran ni Towler ni Carné. Y entonces, al fijarse mejor, distinguió a la pelirroja, y sobre todo el periódico que sobresalía de un bolsillo de su abrigo. Junto a ella había un hombre alto, atlético, atractivo, que también llevaba un periódico doblado en el bolsillo de su gabán.

El tren pitó y arrancó.

Tres de los pasajeros habían abandonado ya el andén, pero la pelirroja y el atleta seguían allí, con las maletas en el suelo. La pelirroja sostenía el maletín con una mano, y con la otra cerraba el cuello subido de su abrigo. Hacía frío.

Mourtier contemplaba hoscamente a la interesante pareja que seguía esperando.

De pronto, se dirigió hacia la pequeña cafetería, entró, y se fue directo al teléfono. Mientras efectuaba la llamada miraba hacia la puerta... Al otro lado contestaron.

—Soy Mourtier —susurró—. Acaba de llegar el tren, pero Carrie y Towler no han bajado. En cambio, sí lo ha hecho la chica británica..., con un sujeto desconocido. ¿Qué hago?

—¿...?

—No, nadie más que parezca interesante. Sólo ellos.

—¿...?

—No lo sé. Es muy alto, podría ser británico también, pero es moreno. Podría ser argentino.

—...

—Sí, es extraño. Bien, espero.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba. Pasó un minuto. La pelirroja entró en la cafetería, mirando a todos lados, como buscando a alguien. El periódico doblado verticalmente se veía a la perfección sobresaliendo de su bolsillo. Ella miró a Mourtier, que desvió la mirada con gesto indiferente.

—¿...?

—Sí, sí, estoy aquí.

—...

—De acuerdo.

Mourtier colgó, y miró a la pelirroja, que en aquel momento daba la vuelta y salía de la cafetería. Salió en pos de ella. El atleta esperaba en el mismo sitio con las dos maletas.

—¿Señorita Chamberlain?

Sue se detuvo y se volvió, fijando su mirada en el hombre, que se acercó casi consiguiendo una sonrisa.

—Supongo que es usted Sue Chamberlain —insistió Mourtier.

—Tal vez.

—Bueno, nos entenderemos en seguida si Se digo que soy la persona que les está esperando —señaló el periódico en su bolsillo —. Usted me entiende.

—Sí, le entiendo. Le he visto antes en el andén. ¿Qué esperaba? Sé que me vio perfectamente.

—Desde luego. Pero la esperaba sola. ¿Quién es su acompañante?

Sue procedió a explicar la mentira urdida al respecto. Cuando terminó, Mourtier movió pensativamente la cabeza.

—No sé si eso gustará en la residencia, señorita Chamberlain, pero se me ha autorizado a llevarlos allá.

—¿Es lo que estaba consultando por teléfono?

—En efecto. Tengo el coche ahí detrás —señaló el edificio de la estación—. Llame a su amigo.

Armando Fierro los estaba mirando con suma atención, naturalmente. Cuando Sue le hizo una seña cargó con las dos

maletas y se acercó.

—Me llamo Mourtier —dijo éste—. Vamos al coche.

Les precedió hacia el estacionamiento. Las dos maletas fueron cargadas en el portaequipajes, Mourtier se sentó ante el volante, y Sue y Armando en el asiento de atrás. El coche partió, no hacia el interior de la población, sino alejándose muy pronto de ésta.

—¿Nadie ha hecho contacto con ustedes en el tren? —preguntó de repente Mourtier.

—No —dijo Sue.

—Y por supuesto, si se han apeado es porque no han visto nada inquietante.

—Claro que no. Todo ha ido muy bien.

Mourtier los miró por el retrovisor. ¿Muy bien? ¡Y un cuerno! Towler y Carrie tenían órdenes de eliminar a la última contratada, es decir, a Sue Chamberlain, tras el incidente de la noche anterior en Port Arthur en el que habían muerto Prince y Mary y Edgar Laughton... Había que cortar toda posible pista. Pero, mientras que Carrie y Towler no habían llegado, sí lo había hecho la señorita Chamberlain, con el tal Fierro...

En el retrovisor Mourtier vio de pronto las luces de un coche que circulaba tras ellos.

Ahogó una maldición, y redujo un poco la velocidad.

—¿Qué ocurre? —exclamó Sue.

Armando, que había vuelto la cabeza, dijo:

—Nos signe un coche. Y me parece que eso no estaba en el programa, ¿verdad, Mourtier?

—No, no estaba en el programa —gruñó el canadiense.

Armando se inclinó hacia delante, sacó su pistola, y puso la boca del silenciador en contacto con la nuca de Mourtier.

—Muy bien, amiguito —masculló—; ¿cuál es el truco? ¿Qué clase de maldita trampa nos está tendiendo?

—¡No sea idiota! —exclamó Mourtier—. ¡Esa gente que nos sigue no tiene nada que ver conmigo!

—Me parece que él tiene razón, Armando —dijo Sue—. Yo diría que se ha sobresaltado, así que no deben ser amigos suyos.

—¡Claro que no! —Casi gritó Mourtier—. ¡Y ahora sé lo que ha pasado en el tren!

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Armando, sin retirar su arma.

—Dos compañeros míos debían contactar con ustedes en el tren, y si no lo han hecho es porque los han detenido o matado. Por eso yo desconfiaba de ustedes, pero ahora comprendo que no debo hacerlo. Esa gente que nos sigue han quitado de en medio a mis amigos, y ahora quieren saber adónde vamos.

Armando y Sue cambiaron una mirada en el oscuro interior del coche. Los dos sentían, en aquel momento, idéntico repeluzno de admiración hacia Karr. Tenía que haber sido Karr quien montara todo aquello utilizando agentes de la CIA que debía estar dirigiendo por medio de radios de bolsillo. Había encargado aquella persecución precisamente para protegerlos a ellos, para que Mourtier pensara justamente lo que estaba pensando. Es decir, que ligara lo sucedido en Port Arthur con lo sucedido en el tren, y que, si bien se desprendía de todo ello que alguien estaba vigilando a Sue Chamberlain en todo momento, ésta no tenía nada que ver con quien fuese. Era simplemente genial.

—Vamos, Armando, guarda esa pistola —dijo Sue—. Y en todo caso, no será contra Mourtier que tendrás que utilizarla.

—No me gusta esto —dijo Fierro—. Me dijiste ayer que todo estaba muy bien dirigido, por gente inteligente. Y si no es así no me interesa; yo no trabajo para unos desgraciados. De modo que me largo de aquí... Venga, Mourtier, dé la vuelta y lléveme a la estación de nuevo.

—¿Está loco? —saltó Mourtier—. ¡No podemos hacer eso!

—¿Por qué no?

—¡Porque esos tipos se han propuesto seguirnos vayamos adonde vayamos...!

¡Tenemos que despistarlos!

—¿Quiénes son?

—¡No tengo la menor idea! Pero tenemos que burlarlos... Conozco un sitio donde creo que podré lograrlo.

—Está bien. Y será mejor que lo consiga, porque de lo contrario yo voy a empezar a disparar. En cuanto a ti, mi pequeña idiota —miró a Sue—, es la última vez que te escucho. No me gusta tratar con desgraciados.

—¿A quiénes llama usted desgraciados? —Gruñó Mourtier—. ¿Le parecen desgraciados unos personajes que le van a pagar cien mil dólares por un solo trabajo?

—¿Cuánto? —exclamó Armando.

—Cien mil dólares. Y no es ni una broma ni una trampa.

—Caray... ¡Eso es otra cosa! ¡Fiuuu! —Silbó—. ¡Cien mil dólares! De acuerdo, amiguito, vamos a ver si es tan listo como para despistar a esa gente. Aunque si lo prefiere, pare, y yo me encargo de ellos.

—No, nada de jaleos —se sobresaltó Mourtier—. Yo me encargo de dejarlos atrás.

Aumentó la velocidad, y casi en seguida apagó todas las luces del coche.

—¡Nos vamos a matar! —exclamó Sue.

Mourtier no contestó. Redujo la velocidad, y se salió de la carretera. A los pocos segundos, a menos de doce metros de ellos pasó el otro automóvil, lanzado a toda velocidad por la estrecha carretera. Mourtier regresó a ésta dando marcha atrás, y emprendió el regreso hacia Graham, encendiendo de nuevo las luces. Armando, que iba vuelto en el asiento, informó:

—Están frenando. Van a volver hacia aquí.

Mourtier no contestó. Siguió de regreso a Graham un par de cientos de metros, volvió a apagar las luces, y de nuevo abandonó la carretera, metiendo el coche bajo las ramas de un abeto. A los pocos segundos, el otro coche pasó por la carretera de regreso a Graham. Mourtier apagó el motor.

—Seguramente volverán —dijo—, pero aquí no podrán vernos, y finalmente se convencerán de que nos hemos metido en la población.

—Ya veremos si es usted tan listo.

Apenas un minuto más tarde, el otro coche pasó de nuevo por la carretera, alejándose de Graham, a velocidad moderada. Los estaban buscando. Otros cinco minutos más tarde, de nuevo pasó el otro coche, otra vez en dirección a Graham.

—Esperen aquí —dijo Mourtier.

Salió del coche, y se acercó a pie a la carretera. El silencio era total en el lugar.

—¿Crees que Karr los habrá engañado con esta maniobra? —preguntó de pronto Sue.

—Espero que sí. Pero, como sea, lo cierto es que si a partir de ahora no nos sigue perderá el contacto definitivamente con

nosotros.

—Oh, él se las arreglará bien para volver a encontrarnos. Sabe lo que hace. ¡Es muy listo!

—Seguro —gruñó Armando.

—¿No te lo parece?

—Ya estoy harto de Karr, y de tu bobalicona admiración por él.

—¿Tienes celos? —rió Sue.

—¿Qué dices?

—Celos profesionales, se entiende.

—Ah. Creía que...

—Y de los otros quizá también. A él le besé...

—Vete al infierno. Por mí, tú y Karr podéis hacer lo que os dé la gana, en cualquier sentido...

—Pero no le enseñé los pechos.

Armando se revolvió furiosamente hacia Sue, y su mano derecha asió casi con violencia su barbilla.

—¿Qué demonios te propones? —jadeó—. ¿Crees que puedes divertirme a mi costa, maldita sea? ¡Estamos metidos en un asunto en el que podemos ser asesinados en cualquier momento y te pones a tontear! ¿Qué pretendes?

—Tú reacción es propia de un hombre celoso —dijo Sue—, y eso puede ser peligroso. Precisamente eso es lo que me temía. De modo que bésame tú también, estarás en paz con Karr, y podremos trabajar serenamente.

—No seas absurda.

—El absurdo eres tú, que te molestas porque un colaborador nuestro sabe hacer bien las cosas. Incluso besar.

—No hay nada que Karr pueda hacer que yo no haga mejor.

Sue Chamberlain se echó a reír. Armando Fierro veía en la oscuridad del coche el tono claro de su rostro, y, ahora, la blancura de sus dientes. El aliento de la risa de Sue le dio en pleno rostro.

No pudo contenerse. Soltó la barbilla de la muchacha, la abrazó, y la apretó contra él. Todavía encontró su boca abierta por la risa, tan rápido fue su gesto. Sue se atragantó debido a la violencia del inesperado beso, y se estremeció cuando Armando Fierro introdujo en su boca la lengua. Al mismo tiempo, una mano de Fierro se deslizó bajo el abrigo de ella, y llegó como una garra hasta un pecho, apretándolo salvajemente. Sue Chamberlain quedó inmóvil,

sintiendo que se ahogaba. De pronto, el beso se suavizó, y la mano que apretaba su pecho se relajó, el apretón se convirtió en una caricia. Sue Chamberlain expulsó fuertemente el aire por la nariz, y Armando lo sintió en su rostro. La soltó de repente, empujándola hacia el extremo del asiento.

—Eres..., eres un bruto —jadeó ella—. Y me has demostrado lo que temía de ti: que eres demasiado temperamental, y que en cualquier momento harás algo que lo echará todo a perder. ¡No sabes controlarte!

—Ya veremos eso —jadeó también Armando—. Y si lo que querías era saber cómo soy, pues ya lo sabes. Te he visto los pechos, los he tocado, te he besado..., así que ya no estoy en paz con Karr. ¡Le llevo ventaja!

—Ya veremos por cuánto tiempo.

—Eres una maldita zorra británica.

—Y tú un potro salvaje argentino. ¡Bestia!

Armando sintió un golpe de sangre en la cabeza.

Pero ya no pudo proseguir su enfrentamiento con la espía británica, porque vio la silueta de Mourtier acercándose. Lo señaló, ella miró hacia Mourtier, y se arregló el abrigo.

Mourtier entró en el coche.

—Creo que lo he conseguido —dijo—. De todos modos, esperaremos todavía un rato antes de seguir hacia la residencia.

—¿Qué es la residencia? —Gruñó Armando.

—Ya lo verán.

* * *

La vieron casi una hora más tarde, tiempo transcurrido entre la espera bajo el abeto y el resto del viaje.

La residencia era, simplemente, una casa grande, cerca de un pequeño lago. Estaba lloviznando cuando llegaron, y pudieron distinguirla gracias a la luz que brotaba de la casa por varias ventanas. A la derecha, vieron una agrupación de luces, lejos. Sue y Armando comprendieron que se trataba de la localidad de Graham, de la cual no estaban tan lejos como Mourtier había pretendido hacerles creer alargando a propósito el viaje.

Mourtier detuvo el coche ante la puerta de la casa, apagó las

luces y el motor, y señaló hacia atrás.

—Vamos a recoger sus cosas.

Cargados con las maletas, entraron en la casa, cuya puerta había abierto un hombre, junto al cual esperaba otro, enorme y hercúleo, que portaba una funda axilar sobre el jersey oscuro.

Fue éste el que preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has tardado tanto? El jefe estaba a punto de enviarnos a algunos a buscarte.

—Voy a hablar con él. Acompaña a estos dos a la sala, y que esperen allí al jefe.

—¿Podremos cenar algo? —preguntó Sue, quitándose el abrigo—. ¡Tengo hambre!

Armando le dirigió una hosca mirada que no pudo contener. Pero los otros tres no se dieron cuenta, porque estaban mirando el cuerpo de Sue Chamberlain, moldeado y ceñido por el vestido de punto de lana azul. Las miradas de los tres hombres fueron tan directas, tan claras, tan expresivas, que se hizo un silencio que, por un instante, resultó incómodo, violento incluso.

De pronto, el hercúleo personaje de la pistola en la axila, sonrió.

—Oliver se encargará de prepararos algo para cenar después de que hayáis hablado con el jefe. Ahora, venid conmigo a la sala. Soy Gregory. Y tú eres Sue Chamberlain, claro. ¿Y tú? —Miró al argentino.

—Armando Fierro. Soy amigo de ella.

—Ya te explicaré —dijo Mourtier—. Llévalos allá.

Gregory asintió, deslizándose su mirada sobre los pechos de Sue. Armando desvió la mirada, conteniéndose. Gregory tomó de un brazo a Sue, y caminaron hacia una de las puertas que daban al vestíbulo. La sala era grande, y un tanto anacrónica en todos los detalles. Una amplia chimenea contenía un agradable fuego de grandes troncos de abeto.

—Mañana conoceréis a los otros —dijo Gregory—. Es ya muy tarde, y están acostados. ¿Queréis tomar algo?

Los dos negaron con la cabeza. Gregory sonrió, y deslizó una mano por la roja cabellera de Sue.

—Eres guapísima —aseguró—. Y además, ¿sabes?, la única mujer del grupo. Y quizá hayamos cometido un error al no contratar más: las mujeres siempre inspiran menos recelo.

—Pues contratad otras —sonrió Sue.

—Ya no hay tiempo, supongo. El jefe decidirá.

—Gregory deslizaba entre sus dedos los cabellos de Sue. —¡Qué hermosa cabellera!

La siguiente reacción fue de Armando Fierro, y, por cierto, lo sorprendió a él mismo en primer lugar.

—Oye, paquidermo —dijo secamente—; ¿quieres que te parta los brazos?

Sue respingó, y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, como quien se priva de exclamar ¡oh, Dios mío! Gregory pareció simplemente sorprendido, y luego rió.

—Pues no, no quisiera que hicieras eso.

—Entonces quita tus manazas de ella. ¿Está claro?

—Pero hombre, ¡no te lo tomes así! —rió de nuevo Gregory—. ¿Es que uno no puede decirle cosas bonitas a una chica?

—Dile lo que quieras, pero métete las manos en el culo.

—Bueno, bueno, tranquilo, hombre... ¡No sabía que fuese tu chica!

—Pues ya lo sabes. Si vuelves a toquetearla te partiré los brazos. Y la cara.

—Me parece que voy a tomarme un *whisky* —rió de nuevo el gigantesco Gregory—. ¿Seguro que no queréis un trago?

—Te lo metes en el mismo sitio que las manos. Agarró a Sue de un brazo, la llevó hacia un sofá, y se sentaron ambos. Gregory se dirigió hacia el mueble bar, y comenzó a servirse un *whisky*. Sue miró irritada a Armando.

—¿Ves cómo tu temperamento...?

—Cierra la boca.

La puerta de la sala se abrió, y los dos miraron hacia allá. Precediendo a Mourtier iba el hombre que, al parecer, dirigía la operación.

CAPÍTULO V

El sujeto resultaba impresionante. Era casi tan alto como Gregory, más delgado, todo músculo. Vestía un «mono» de terciopelo negro y calzaba zapatillas deportivas rojas. Parecía un cromo. Pero su rostro no podía ser más impresionante. Parecía tallado en piedra, y en el lado derecho tenía como un bordado de cicatrices, entre el pómulos y el mentón. En el lado izquierdo, sobre la ceja, otra cicatriz resaltaba roja y ancha, como un trazo de carmín. Sus ojos eran azul claro, fríos como hielo, y su boca, grande y de labios delgadísimos se apretaba con fuerza natural, en un gesto duro.

Sin embargo, su actitud no era ni mucho menos hostil. Simplemente, era impresionante de aspecto, y esto no tenía remedio.

Durante unos segundos estuvo mirándolos a los dos, mientras Mourtier cerraba la puerta y se dirigía hacia el mueble bar, haciéndole un gesto a Gregory, que sirvió otro trago.

—¿Usted no se dio cuenta de que nadie la seguía, Chamberlain? —preguntó de pronto.

—No —parpadeó Sue—. No, no me di cuenta en ningún momento.

—Pues lo estuvieron haciendo.

—Lo siento. Pero me pregunto si tengo yo la culpa.

—Ésa es la cuestión —gruñó el hombre—. Supongo que no. Debieron ser mis hombres quienes cometieron algún fallo, y eso, de rechazo la delató a usted. Sí, debió ser el imbécil de Laughton y su maldita hermana histérica... ¿Sabe lo que pasó anoche en Port Arthur?

—Supongo que pasaron muchas cosas. ¿A cuál se refiere?

—Mataron a dos de mis hombres y a Mary Laughton. La

taquillera.

—Ah. No, no lo sabía.

—Estaba seguro de que usted tenía algo que ver con eso, de modo que envié este mediodía a dos de mis hombres a Port Arthur. Debían tomar el tren con usted en Fort Williams, y matarla. Pero —sonrió de pronto ceñudamente—, me parece que habría sido un error. ¿Se ha asustado?

—Relativamente. Pero me ha molestado.

—Es lógico. Bien, como sea, hemos conseguido que quienes nos pisaban los talones hayan quedado atrás. En cuanto a su amigo Fierro —señaló a Armando con un gesto de barbilla, si yo necesitase más hombres sé cómo conseguirlos.

—Bueno... Sí, por supuesto. Pero me alegró tanto encontrar a Armando... Hace un tiempo estuvimos juntos haciendo algunas cosas, y sé que es un hombre interesante. Pensé que podría ser útil, y que bien merecía que le ayudase a ganar algún dinero.

—Agallas sí tiene —dijo riendo Gregory—; ha dicho que me romperá los brazos si vuelvo a tocar a la chica.

—¿Eso ha dicho? —sonrió divertido el jefe.

—Decirlo, lo ha dicho. Que pudiera hacerlo ya es otra cosa.

Mourtier se echó a reír. El jefe contemplaba con curiosidad a Armando Fierro, quien, frunciendo hoscamente el ceño, iba mirando de uno a otro, como cavilando respecto a cuál de los presentes le iba a partir la cara en primer lugar.

—¿Van ustedes armados? —preguntó el jefe.

—Sí —dijo Sue.

—Bien. Deberán entregar sus armas, que se les devolverán cuando la operación haya finalizado.

—¿Entiendo que utilizaremos otras armas en esa operación?

—Naturalmente.

—¿Qué operación? —preguntó Armando.

—Usted es argentino, Fierro. Dígame; ¿le importaría que su país se viese envuelto en una verdadera guerra?

—A cambio de cien mil dólares, ¿no?

—¿Señorita Chamberlain?

—Cien mil dólares son suficientes para convencerme de que haga cualquier cosa —sonrió Sue.

—¿Incluso algo que podría enfrentar bélicamente a Argentina y

al Reino Unido?

—¿Acaso no están ya enfrentados? —Alzó las cejas Sue.

—¿Lo de las Malvinas? —El jefe hizo un gesto de desprecio—. ¡Bah, eso es una tontería asquerosa sin importancia!

—¿Qué quiere decir con eso de tontería *asquerosa*?

—¿No lo comprenden? Todo eso es una maniobra preparada por ambos Gobiernos, puestos de acuerdos.

—¿Está usted loco? —Gruñó Armando.

—Yo no. ¿Y ustedes, los argentinos?

—¿Qué quiere decir?

—Oiga, Fierro, ¿realmente espera que yo me crea que Argentina se ha atrevido a enfrentarse bélicamente *de verdad* a Gran Bretaña? Es como..., como si un niño provocara a Gregory. ¿Cree que encontraríamos algún niño capaz de eso, que creería que podía vencer a Gregory? ¡Y no me diga que usted cree que Argentina puede vencer a Gran Bretaña en una guerra! Esto no se lo cree nadie. Sin embargo, los argentinos han provocado ese pequeño conflicto. ¿Por qué?

—¡Porque las Malvinas...!

—¡Déjese de tonterías! Las Malvinas han sido el pretexto para otra maniobra subrepticia tramada de común acuerdo por ambos países. Los dos esperan ganar algo, no sé el qué, pero tiene que ser así. Y con esa maniobra conjunta han cometido un error, porque partiendo de ella nosotros vamos a meterlos a ambos en una guerra *de verdad*. ¿Qué le parece la idea? ¿Le molesta?

Armando Fierro estaba ya absolutamente convencido de una sola cosa: aquel tipo estaba loco. Pero era una locura que parecía encaminada a ocasionar mayores aflicciones a británicos y argentinos, y esta idea le produjo la sensación de que su cuerpo se estaba congelando por dentro.

—Me tiene sin cuidado —masculló, convencido de que mentía a la perfección—. Conmigo o sin mí, Argentina hará lo que le convenga. Yo no cuento para ella, así que tengo que buscarme mi propia conveniencia.

—De acuerdo. ¿Señorita Chamberlain?

—Pienso como Armando. Si mi país y el suyo ya han decidido lanzarse a una guerra, lo único que me interesa a mí ahora es mi conveniencia. ¿Lo de los cien mil dólares que dijo Mourtier es

cierto?

—Desde luego.

—Entonces cuente también conmigo para lo que sea.

El jefe asintió lentamente con la cabeza.

—Les darán de cenar y los llevarán a sus dormitorios. Mañana empezarán a prepararse. Ah, mi nombre es Melton Miles. ¿Alguna pregunta?

—Sólo una —dijo Sue—; ¿cuándo cobraremos?

Melton Miles sonrió siniestramente.

—En nuestra operación habrá varios muertos, eso es inevitable. Para la operación tenemos asignados cuatro millones de dólares, que inicialmente se han distribuido a razón de cien mil por cada uno de los participantes. Ahora bien, de esos cuarenta participantes, algunos morirán. Y puestas así las cosas, ¿qué prefiere usted? ¿Que pague por anticipado y perdamos el dinero de los que mueran, o que repartamos los cuatro millones al finalizar la operación?

—Eso significaría que podríamos tocar a más de cien mil dólares.

—Está claro. Como suele decirse, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Sue Chamberlain soltó una carcajada.

—¡De acuerdo, señor Miles! ¡Que cobren los supervivientes!

—¿Fierro? —Miró Miles a Armando.

—No crea que me hace gracia, pero lo encuentro razonable. Acepto.

—Hasta mañana, entonces.

Eran más de las once de la noche cuando Sue Chamberlain y Armando Fierro ascendían la amplia escalinata de la gran casa hasta el piso donde estaban sus dormitorios. Gregory, que les acompañaba, señaló dos puertas, una a cada lado del pasillo.

—Fierro ahí, y tú en ésa, encanto.

—Escucha, chiquitín —dijo malignamente Armando—; ¿estamos en un convento, una iglesia, o algo así?

—Me parece que no —se desconcertó Gregory.

—Entonces, pequeño, si no te importa, Sue y yo ocuparemos la misma habitación. ¿Algo que oponer?

Gregory se echó a reír de buena gana, hizo un clarísimo gesto obsceno que representaba lo que se imaginaba que iba a ocurrir

entre los dos contratados, y los dejó solos en el pasillo. Armando empujó la puerta de su habitación, cargó con las dos maletas, y entró. Sue lo hizo detrás, lentamente, y cerró.

—¿No lo estás provocando demasiado? —murmuró.

—Es sólo una bestia vestido de persona. Si nos molesta, lo mataré. ¡Y no tengo ganas de discutir!

—Me gustaría saber por qué lo has hecho.

—Pues te lo diré. Esa bestia afeitada te habría visitado esta noche para divertirse, estoy seguro.

—Y a ti ¿qué te importa? Es más: ¿no se te ha ocurrido que también a mí podría resultarme divertido?

Armando Fierro palideció. De una zancada llegó ante la puerta, la abrió, y dijo, con voz tensa:

—Pues ve a divertirte, zorra británica. ¡Por mí, como si quieres hacerlo con todos los hombres que haya en esta casa!

—¿Sabes que no es ninguna mala idea?

—Entonces, aprovéchala. Me gusta regalar ideas. Adiós.

Armando Fierro agarró su maleta, la tiró sobre la cama, la abrió, y sacó el estuche de aseo, con el que se metió en el cuarto de baño. Oyó cerrarse la puerta de la habitación, y de nuevo palideció. Se quedó mirándose al espejo. Sí, estaba lívido.

«No es más que una zorra espía británica», se dijo.

Procedió a cepillarse la boca, tan furiosamente que le dolieron las encías. Se lavó la cara y las manos, y salió del cuarto de baño. Sus pies quedaron clavados al suelo. Sue Chamberlain estaba allí, sacando cosas de su maleta. Se volvió a mirarlo, y preguntó:

—¿Has terminado?

—Sí.

La muchacha, cerró la maleta, y la puso en el suelo, a los pies de la cama. Luego se desvistió completamente, y fue a colocar sus ropas en el respaldo de una vieja butaca. Armando Fierro permanecía en el mismo sitio, petrificado, mirándola. Sólo sus ojos se movían, siguiéndola, observando el espléndido cuerpo, que vibraba a cada paso. Los pechos oscilaban apenas, firmísimos, turgentes. En las caderas y los muslos había vibraciones de carne densa, elástica. Ella se puso por fin el pijama, agarró su maletín de viaje, y entró en el cuarto de baño.

Salió casi diez minutos más tarde, cuando Armando ya estaba

acostado. Apagó la luz, y se metió en la cama. Por la ventana entraba un resplandor de lluvia reflejando las luces del exterior de la casa.

Armando Fierro se estremeció fuertemente cuando notó la mano de Sue Chamberlain deslizándose por su pecho.

—De un modo u otro —susurró ella— podemos morir los dos.

—¿Y qué?

—No me gustaría morir sin haber hecho alguna de las cosas que deseo.

—Dime una.

Ella no contestó. Se apretó contra él, y hundió su cálida boca en la de Armando Fierro. Éste giró, y deslizó una mano por el cuerpo de ella, sobre la fina tela del pijama. Sentía dentro de él como enormes explosiones que se iban concentrando, formando como un gran volcán único... Fue un beso muy largo, tras el cual, Sue suspiró.

—¿Eso es todo? —susurró Fierro.

—Claro que no; es sólo el principio.

—¿Y Karr?

—Oh, bueno, él comprenderá...

Volvieron a besarse. Inmediatamente, ambos se olvidaron completamente de cuanto les rodeaba. Minutos más tarde, el olvido era total. Sue Chamberlain emitió un dulce gemido, y se abrazó con más fuerza a la espalda de Armando Fierro. Otro suspiro, más intenso, brotó de sus entreabiertos labios al comenzar a sentir con maravillosa intensidad la llegada de la explosión...

Podían morir, era cierto.

Pero no en aquellos momentos.

En cuanto a Broderick Karr, ciertamente, ninguno de los dos pensaba en él en aquellos momentos.

* * *

El hombre entró en el coche en cuyo asiento de atrás, sumido en la penumbra, estaba Broderick Karr, fumando.

—Todo ha ido bien —dijo el otro—. Los cadáveres han sido recogidos y se han ocultado. Nuestro compañero del tren bajó en Quorn, y está de regreso.

—Pero hemos perdido a Fierro y Chamberlain, haciendo la jugada que les protegía de toda sospecha.

—Encontraremos el lugar. Deben ser bastantes hombres, así que tienen que estar en una casa grande. Habrá movimiento de personal, de coches, quizá helicópteros, algún camión. Si los han concentrado a todos cerca de aquí encontraremos alguna señal que nos guíe.

—¿Cuántos hombres tenemos buscando?

—Una docena, y dentro de un par de horas llegarán más. No le quepa la menor duda de que los encontraremos. —¿Y el armamento que pedí?

—Todo llegará en un par de horas, se lo garantizo.

—De acuerdo. Avísame entonces. Voy a dormir un poco.

—¿Aquí, en el coche? Pero... ¡tendrá frío! Espere, hay una manta en el maletero, se la traeré.

Salió del coche, abrió el maletero, y sacó la manta.

—Abriéndose bien. ¿Necesita algo más? ¡Cualquier cosa!

—Todo lo que necesito es dormir aunque sólo sea dos o tres horas.

Broderick Karr se abrigó bien con la manta, se acodó en el asiento del coche, cerró los ojos, y se durmió. El otro estuvo unos segundos mirándole. Luego, salió del coche, cerró la portezuela cuidadosamente en lo posible, y emitió un silbido. Otro hombre apareció por entre los abetos.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Se ha dormido.

—No me extraña. Anoche no durmió organizando todo esto, y son más de las doce de la noche. Ve tranquilo; si alguien se acerca, lo mato.

CAPÍTULO VI

—Matar a un personaje importante nunca ha sido fácil —empezó la sesión del día Melton Miles—, pero todo puede lograrse cuando se hace un planteamiento inteligente del asunto. Y nosotros, ciertamente, disponemos de cerebros que han planteado el asunto con inteligencia. Es claro que, dadas las circunstancias, la cosa no va a resultar ni mucho menos fácil, pero cuando les explique ambos planes verán que es perfectamente factible...

—¿Dos planes? —preguntó uno de los presentes.

Melton Miles se volvió a mirarlo, Y sonrió, porque en los rostros de todos los demás vio la misma sorprendida pregunta. Había allí, en la sala, cuarenta hombres y una mujer. La mujer y diecinueve hombres, británicos. Los otros veintiún hombres, argentinos, pero todos ellos dominando perfectamente el inglés, del mismo modo que los británicos hablaban perfectamente el español. No habrían sido contratados si no hubiera sido así.

—Dos planes, en efecto, Mendoza. Dos planes que han sido meticulosamente estudiados por personas capacitadas...

—¿Qué personas? —preguntó Sue Chamberlain.

—Expertos, querida. Expertos contratados por la jefatura del más alto nivel de nuestro grupo.

—Yo creía que usted era el jefe.

—Para ustedes, lo soy, ya que seré quien les informará con todo detalle de ambas operaciones..., si me permiten que siga hablando.

—Lo siento —sonrió Sue.

—Y yo también —dijo el tal Mendoza—, pero me gustaría saber por qué dos planes. ¿Acaso se teme que uno de ellos fracase?

—Me parece que ustedes todavía no han comprendido —dijo Miles—. ¿No les sugiere nada el hecho de que haya contratado

veinte británicos y veinte argentinos..., y que esté hablando de dos planes? ¿Sí, Chamberlain, diga?

—Está claro que cada grupo realizará un plan diferente —dijo Sue—, de modo que lo que me pregunto es si, pese a ser diferentes ambos planes, formarán un... conjunto, es decir, si en definitiva serán un solo plan.

—Inteligente observación. En efecto, serán dos planes con un solo objetivo común: provocar la guerra *de verdad* entre Argentina y Gran Bretaña. Pero eso ya se lo he ido diciendo a todos ustedes uno a uno, y han estado de acuerdo. Ahora hablaremos de los detalles para que cada grupo consiga su objetivo, es decir, matar a su personaje. Y los personajes son éstos.

Melton Miles hizo una seña a Gregory, quien, sonriendo, retiró la sábana que todos habían creído protegía del polvo un par de cuadros. No eran propiamente cuadros, sino dos grandes fotografías de dos personajes mundialmente conocidos: la primera ministra británica, Margaret Thatcher, y el presidente de Argentina, general Galtieri.

El silencio que se hizo en la sala fue denso como una piedra. Las incrédulas miradas se fueron apartando poco a poco de las fotografías, para ir posándose en el sonriente Melton Miles.

—¿Alguien tiene alguna duda respecto a la personalidad de nuestros objetivos? —preguntó irónicamente.

—Usted no puede estar hablando en serio —saltó de pronto uno de los británicos—. ¡Eso es imposible! Normalmente ya lo sería, pero tal como están las cosas tanto la señora Thatcher como el general Galtieri están protegidos de tal modo que...

—Swanson, ¿querrá usted, como los demás, escuchar el planteamiento de ambos planes antes de presentar objeciones?

—Sí, claro... Perdone.

—Ustedes han sido elegidos muy cuidadosamente por sus antecedentes. Incluso la encantadora Chamberlain ha hecho cosas... digamos poco usuales en una mujer. Son gente peligrosa, sin miedo a nada, y amantes de la vida fácil que proporciona el dinero, ganado como sea. Esto último es importante: *como sea*. Lo recalco porque lo que tendrán que hacer podría... perturbar a personas que no fuesen como ustedes. Por ejemplo, cualquier exaltado político aceptaría jugarse la vida con tal de matar a la señora Thatcher o al

general Galtieri. Pero esa clase de gente no interesa a mi jefatura. Primero, porque el atentado unipersonal casi siempre fracasa. Como últimos ejemplos, tenemos los atentados contra el presidente Reagan o el Papa, éste último agredido dos veces. Y sigue con vida. No, nos queremos eso. Queremos un comando dispuesto a todo.

—¿Y qué es *todo*? —preguntó otro.

—Bueno, digamos matar a nuestros dos personajes caiga quien caiga. Y no me refiero a ustedes al decir caiga quien caiga, sino a quien sea. Para conseguir nuestros objetivos vamos a utilizar misiles. ¿Lo entienden?

La impresión fue general, y muy particular en Sue Chamberlain, que palideció horrorosamente. Casi tan lívido como ella Armando Fierro la miró de reojo, se controló, y preguntó, con voz natural y tranquila:

—El empleo de misiles contra esos personajes ocasionaría la muerte alrededor de ellos en muchísimas personas.

—Así es, Fierro. Puede que hubiera niños, mujeres, ancianos... Tal vez la mortandad alcanzase, en cada caso, hasta quinientas personas. A eso me refería al decir caiga quien caiga. Quiero que lo entiendan bien: no queremos ni pensar en admitir el menor fallo, si efectuamos ambos atentados será con todas las garantías de que los objetivos serán cumplidos..., caiga quien caiga. Es más, precisamente interesa que haya esa mortandad, a fin de... soliviantar de un modo decidido y definitivo a la masa popular de ambos países. Porque un atentado personal, directo y exclusivo contra la señora Thatcher o el general Galtieri podría ser... comprendido, más o menos admitido. Pero una masacre de esta envergadura, una en Londres y otra en Buenos Aires, encendería los ánimos hasta la explosión. El jueguecito de las Malvinas dejaría de jugarse, y se pasaría a una guerra de indignación y odio a niveles auténticos. Basta de jugar, dirían unos y otros, esto se ha deteriorado de verdad, así que, ahora sí, vamos a matarnos...

—Señor Miles —murmuró Sue Chamberlain—, ¿a quién puede interesarle una cosa así?

Eso no es cuenta suya, Chamberlain.

—No, pero... Bueno, supongo que los británicos operaríamos en Buenos Aires y los argentinos en Londres.

—Bien supuesto. Es de lógica pura, por otra parte. Me parece,

Chamberlain, que no está usted a la altura del asunto. ¿Es así?

—Bueno, yo... Francamente, me..., me gustaría pensarlo...

—¿Pensarlo? Esto es gracioso. ¿Alguno más de ustedes necesita pensarlo, caballeros?

Nadie dijo nada. Todos miraban a Sue, que apretaba una mano contra otra. Ni recurriendo a su mayor capacidad de dominio habría podido la espía británica disimular el espanto que sentía.

—Creo que es la única que necesita pensarlo —dijo con frío tono Melton Miles—. Y francamente, eso es muy revelador. Lo mejor será que abandone la sala, Chamberlain. Parece a punto de vomitar.

Sue se puso en pie de un salto, llevándose las manos a la boca, y corrió hacia la salida de la sala, que abandonó dando traspiés. Melton Miles posó su mirada en Armando.

—¿Fierro?

—Déjeme que luego hable con ella.

—Será inútil.

—Déjeme intentarlo, al menos.

—Está bien. Bien, si los demás están de acuerdo, pasemos a la parte aclarativa de ambos planes. Los argentinos, que irán llegando a Londres por medios especiales y en el plazo de una semana...

En el cuarto de baño de la planta baja, Sue Chamberlain, en efecto, estaba vomitando el desayuno con una violencia espantosa, llenos de lágrimas sus ojos, retorcidas sus entrañas por un horror que le parecía como hecho de hielo. Con aquello no había contado, con una reacción semejante por su parte. Porque una cosa es tener valor para jugarse la vida y otra cosa muy diferente es tenerlo para cometer un crimen tan repugnante, de tal envergadura, y que, por supuesto y en efecto, podía ocasionar una guerra. Una guerra total.

Sí, verdaderamente, se hallaban en una situación de emergencia bélica.

Se repuso rápidamente, pero no volvió a la sala, sino que subió al dormitorio, observada con crítico gesto por Oliver, que permanecía en el vestíbulo. Y afuera había más hombres, claro. No eran sólo Mourtier, Gregory y Oliver quienes estaban con anterioridad bajo las órdenes de Melton Miles.

Desde la ventana del dormitorio estuvo mirando hacia el lago, que estaba hacia aquella parte de la enorme casa. ¿Qué pretexto podía tener Melton Miles para tener reunidos allí a tantos hombres?

Debía haber buscado uno bueno, y además, posiblemente, no debía hacer ni una semana que los había ido reuniendo a todos allí finalmente, tras ir reclutándolos seguramente por todo el mundo...

¡Por todo el mundo! ¿Qué clase de organización era la de Melton Miles? ¿Cuál era su auténtica envergadura? ¿Quiénes la dirigían? Porque bien claro había quedado que Miles era solamente el que daba la cara como jefe de operaciones, pero no el hombre que lo había pensado y organizado todo. ¿Quién o quiénes dirigían a Miles y dónde estaban?

Caminando por la orilla del lago vio a dos hombres, conversando. Sin duda vigilaban el acercamiento de cualquier cosa que pudiera causar preocupación. Cualquier cosa o cualquier persona..., como Broderick Karr, por ejemplo.

Al pensar en Karr, Sue Chamberlain se sintió, de pronto, mucho más tranquila. El los iba a encontrar. ¡Vaya si Karr los iba a encontrar, fuese como fuese! Pero... ¿Lo haría a tiempo?

Casi una hora más tarde, Armando Fierro entró en el dormitorio. Sue lo miró, corrió hacia él, y se le abrazó. Armando la besó suavemente en los labios.

—¿Cómo estás? —murmuró.

—Bien... ¡Pero he sido tan estúpida!

—Claro que no. Has sido normal. Los demás no hemos sido normales, y tú sí, eso es todo.

—¡Pero me he delatado...!

—Todavía quizá podamos arreglar las cosas. A fin de cuentas, como te digo, tu reacción ha sido normal. He convencido a Miles de eso, y de que me dejase hablar contigo antes de tomar una decisión.

—¿Y qué crees que podemos hacer?

—No lo sé con seguridad, cariño. —Armando la volvió a besar, y sonrió ceñudamente—. El problema no está ahora en que Miles acepte dejarte participar en la operación. Eso, ni soñarlo. El problema está en convencerlo de que, aunque ya no vas a ser útil de un modo directo, te conserve con vida. Tenemos que pensar algo al respecto. Y tenemos que convencerlo a él de verdad, porque lo seguro es que si no lo conseguimos nos matarán a los dos. Son más de cuarenta hombres en total, y nosotros sólo somos dos espías cualquiera.

—¡Si Karr...!

—Deja tranquilo a Karr —gruñó Armando—. ¡Cualquiera sabe por dónde anda en estos momentos! Tenemos que encontrar la solución, y tiene que ser pronto.

—Pero... a ti no tienen por qué matarte, tú has reaccionado bien conforme a sus deseos...

—No —movió la cabeza Armando—. Si no lo convencemos nos matarán a los dos. Gregory debe haberle dicho que hemos pasado la noche juntos, y aunque eso no tiene la menor importancia operacionalmente, sí la tiene en el sentido de que Miles comprenderá que yo sería un elemento de discordia si te mataran a ti. Eso, dejando aparte que yo no he sido investigado como vosotros, no saben realmente nada de mí.

Sue Chamberlain suspiró, y se abrazó con fuerza a la cintura del argentino. De pronto, sonrió.

—Bien..., tenemos que pensar algo, eso es todo. Pero como te dije anoche, al menos, antes de morir habré hecho algo que deseaba... desde que te vi.

—Eres chocante —sonrió también Armando—. Y yo también, claro. ¡Maldita sea, una británica y un argentino amándose en estas circunstancias! ¡Esto sólo me pasa a mí!

—Y a mí, ¿no? —rió Sue.

De acuerdo: y a ti. —Armando la besó en la nariz—. Y ahora, vamos a dejarnos de arrumacos y a pensar en el modo de salir del apuro. Aunque no me daría por satisfecho con eso... Me parece que empiezo a tener una idea.

* * *

Gregory empujó la puerta del dormitorio, entró, y movió la cabeza hacia fuera.

—De acuerdo —dijo—. El señor Miles dice que os escuchará a los dos. Venid conmigo al despacho.

Sue y Armando se pusieron en pie, y salieron del dormitorio en pos de Gregory, enorme ante ellos. Descendieron la escalinata, ignoraron al siempre silencioso y expectante Oliver, y cruzaron el vestíbulo hacia la puerta que señaló Gregory. Éste la abrió, y se apartó. Entraron los tres.

Melton Miles, con su «mono» de terciopelo, estaba sentado tras

la mesa, como abstraído. Concretó la mirada en ellos, y sonrió secamente. Gregory cerró la puerta del despacho.

—Bueno —deslizó Miles—, ¿qué tienen que decirme?

—Creo —dijo Armando— que la cosa puede solucionarse de modo muy simple, Miles.

—¿De qué modo?

—Todo lo que hay que hacer es prescindir de Sue para la operación, y dejarla aquí. Puede ser útil en otras ocasiones.

—Sin duda lo sería —admitió Miles—, pero eso no resolvería nada. No podemos dejarla aquí porque esta casa no es nuestra, sino alquilada por medios indirectos y sólo para esta concentración. Eso aparte, cuando la operación haya sido realizada cada cual seguirá su camino. Nuestra organización ha destinado cuatro millones de dólares para esto, les ha contratado a ustedes, hará el trabajo, y luego, simplemente, los despedirá.

—¿Quiere decir que la organización se disolverá?

—Ah, no, nada de eso. Quiero decir que tenemos nuestro propio personal habitual, y que ya no los necesitaremos a ustedes..., hasta otra próxima operación parecida, tal vez. Tendrá que buscar otra solución, Fierro.

—Bien... En realidad, ya la tengo. ¡Y es ésta!

Armando saltó hacia Gregory, y le arrebató rápidamente la pistola que tan ostentosamente exhibía el gigante en su funda axilar sobre el jersey. De nuevo saltó Armando, alejándose ahora del petrificado Gregory, y apuntando firmemente a Melton Miles, que se limitó a parpadear.

—¡Las manos sobre la mesa, Miles!

—Ya las tengo sobre la mesa.

—Bien extendidas y quietas.

—Muy bien —obedeció Miles—. ¿Y ahora, qué? Usted debe estar loco para hacer esto por una simple mujer, Fierro.

—No tan simple. Ella vale mil millones de veces más que ustedes.

—Amiguito —dijo festivamente Gregory—, es una británica, y usted es argentino. ¿No le parece que se está complicando demasiado la vida? Lo lógico sería que usted hubiera aceptado que la eliminásemos. Debería odiarla.

—Tal vez —replicó secamente Armando—, pero creo que

siempre es mejor el amor que el odio, y la paz que la guerra. ¿Realmente creen que sería mejor que la odiase?

—Románticamente hablando —sonrió Melton Miles—, lo que hay entre ustedes es mejor que lo que está pasando en la Malvinas, claro está. Pero en el supuesto de que salgan de aquí con vida van a tener muchas complicaciones.

—De momento las complicaciones las tiene usted, Miles.

—No veo complicaciones por ningún lado.

—¿No? Pues escuche; ésta: le voy a matar. Pero no será antes de que haya dicho quién dirige todo esto y dónde podemos encontrarlo.

—¿Quieren buscar a mis jefes? —Alzó las cejas Miles—. ¿Para qué?

—Para exterminarlos como bestias criminales que son. ¡Destruiremos toda su maldita organización!

—Ya. Pero no entiendo por qué. ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Pretenden meterse a redentores del mundo?

—Algo parecido. Pero en definitiva, simplemente, estamos intentando realizar una de las mejores misiones que pueden realizar los agentes secretos: impedir las guerras, no provocarlas.

—Ajá, entiendo. ¿De modo que ambos son agentes secretos? Cada uno de su país, obviamente.

—Obviamente.

—Bueno, Fierro, gracias por decírmelo. La verdad es que me estaba temiendo algo así, y he querido asegurarme antes de decidir si levanto el campo o me quedo aquí. Creo que lo mejor, dadas las circunstancias, será que traslade a otro lugar mi centro de instrucción para la operación Thatcher-Galtieri. Y lo vamos a hacer cuanto antes, no sea que aparezcan por aquí sus amigos, los que anoche hicieron tan bien la comedia destinada a eliminar cualquiera sospecha sobre ustedes. Lo hicieron bien, de veras. En fin, gracias por su información, y buen viaje al infierno.

—Usted es quien va a ir al infierno si no...

—Escuche, Fierro, ¿no lo comprende? La inteligencia no es patrimonio exclusivo de la gente como ustedes. Los demás también somos listos, y sabemos preparar planes y tender trampas. Usted ha caído en una de ellas. ¿Por qué clase de tonto me han tomado?

—¿A qué trampa se refiere? —murmuró Sue.

—A la pistola —señaló Miles—. Antes de ir a buscarles, Gregory le quitó las balas.

Armando Fierro lanzó una exclamación, y su mirada bajó hacia el arma que empuñaba. Sue había quedado pálida. Gregory dio un paso hacia Armando, preguntando:

—¿Puedo divertirme con Chamberlain antes de matarla, señor Miles?

—Haz lo que quieras —dijo con hastío Melton Miles—, pero llévate los de aquí. Tengo mucho trabajo.

Gregory dio otro paso. Armando Fierro extendió el brazo, apuntando hacia el hercúleo pecho, y apretó el gatillo. El arma emitió un «clic», y eso fue todo. Gregory se echó a reír.

—¡Lo que nos vamos a divertir, Fierro! —exclamó gozosamente.

CAPÍTULO VII

Sin dejar de reír, Gregory se acercó más a Armando, evidentemente dispuesto a partirlo en dos entre sus brazos. Armando Fierro alzó la pistola como si fuese una piedra que se dispusiera a arrojar, efectuó el movimiento con el brazo, y, sin dejar de reír, Gregory se inclinó.

Es decir, que cayó en la trampa.

Porque Armando Fierro no lanzó la pistola, sino que propinó a Gregory un tremendo puntapié en el rostro, que le alcanzó de lleno en el ojo derecho y lo derribó de espaldas. Melton Miles lanzó una exclamación, retiró las manos de la mesa, y abrió el cajón central de su mesa..., mientras Sue Chamberlain saltaba ya hacia él. La muchacha cayó de pecho sobre la mesa, se deslizó por ésta, chocó con Miles, y lo derribó, con sillón incluido, cayendo sobre él. Armando se dispuso a acudir en ayuda de la muchacha, pero se dio cuenta de que Gregory comenzaba a incorporarse, y se acercó a él, alzando la pistola.

De nuevo se equivocó Gregory al protegerse la cabeza con ambas manos, pues esta vez el puntapié le acertó de lleno en el estómago, y, lanzando un resoplido, el gigante cayó de bruces.

Detrás de la mesa, Sue Chamberlain, todavía sentada a horcajadas sobre el vientre de Miles, le lanzaba golpes con los bordes de las manos, intentando aturdirlo, pero Miles no era ningún alfeñique ni ningún novato en esta clase de lucha, y finalmente, además de parar los tremendos golpes con los antebrazos, consiguió colocar un puñetazo sobre el pecho derecho de la espía británica. Ésta lanzó un ronco gemido, y se derrumbó hacia un lado. Miles terminó de apartarla, se puso en pie, dio un paso hacia la mesa..., y Sue le asió por ambos tobillos y lo derribó aparatosamente de bruces.

—¡La puta que te parió! —aulló Miles.

Se revolvió contra ella..., y recibió un fortísimo impacto en plena boca que le partió los labios, arrancando un chorro de sangre. Aullando enloquecido, Melton Miles se puso en pie de nuevo..., y Armando llegó por detrás, con la pistola en alto, y le descargó un golpe que le fulminó sin sentido.

—¡Armando...! —advirtió Sue.

Fierro se volvió a tiempo de ver llegar a Gregory con los brazos por delante. Se apartó, y el gigante chocó de vientre contra el borde de la mesa, desplazándola fuertemente, casi derribándola..., mientras recibía, ahora sí con la pistola, un golpe en un lado de la cabeza. Cayó de costado al suelo, pero se puso inmediatamente de rodillas, buscando con la mirada desorbitada por el odio al argentino..., que apareció ante él y le aplicó un puntapié de lleno en los testículos, derribándolo una vez más.

Por supuesto, fuera del despacho había cundido la alarma, y se oían voces y pisadas precipitadas. La puerta se abrió en el momento en que Sue conseguía abrir el cajón central de la mesa y veía la pistola. La empuñó, apuntó hacia la puerta, vio a Mourtier, arma en mano, alarmada la expresión..., y disparó.

El rostro de Mourtier se convirtió en un manchurrón de sangre, y el sujeto cayó hacia atrás, fuera del despacho.

—¡Mataré al que intente entrar! —gritó Sue—. ¡Y tenemos a Miles!

Gregory estaba en pie otra vez, y se acercaba tambaleante a Armando, que se acercó a él y le disparó la zurda al hígado. El gigante aulló, y lanzó un golpe que podía haber matado al argentino de haberle alcanzado en la cabeza. Pero, simplemente, Armando eludió el golpe, y, a su vez, golpeó de nuevo a Gregory, que gritó y retrocedió. El argentino le siguió, le golpeó ahora en el estómago, de nuevo en el hígado, y acto seguido de nuevo le hundió el pie en la zona genital. Gregory lanzó un bramido como roto, sacudió la cabeza, y cayó de rodillas, apoyando una mano en el borde de un sillón, extendido el brazo.

Fierro no vaciló ni un segundo. Alzó el pie derecho, y lo dejó caer con fuerza sobre el codo de Gregory. Se oyó un seco y escalofriante crujido, el brazo cedió como una ramita, doblándose hacia abajo en sentido contrario a la articulación, y Gregory, tras un

berrido de dolor, cayó de bruces, sin sentido.

—Te dije..., te dije... que te partiría... los brazos —jadeó Fierro.

Cerró la puerta de un puntapié, y fue a caer de rodillas junto a Gregory, de cuyo bolsillo sacó las balas, que metió apresuradamente en el cargador de la pistola.

Sue le estaba mirando, pero captó el movimiento de la puerta, y disparó contra ella.

Las dos balas perforaron la madera, y al otro lado se oyó el grito de dolor.

—¡Mataremos a Miles si intentan algo contra nosotros! —gritó Sue.

Al otro lado ya no se oyó nada más. Armando cerró otra vez la puerta, y empujó contra ella el sofá, apartándose en seguida, señalando un rincón del despacho. Sue fue hacia allí, y Armando agarró a Miles por la ropa del cuello y lo arrastró hasta el rincón. Le quitó los cordones a las rojas zapatillas deportivas, y con ellos le ató las manos a la espalda, farfullando.

—Fantoche criminal... ¡Hijoputa maldito! ¡Ya te daré yo guerra, ya te daré yo asesinatos en masa...! ¡¿Y qué estás mirando tú?! —vociferó, clavando su mirada en Sue.

—Has machacado al gigantón —sonrió ella, crispadamente.

—Sí... Es verdad.

—Caray —movió la cabeza la muchacha.

Fierro estuvo todavía dos o tres segundos con el ceño fruncido, fija su mirada en Sue. De pronto, comenzó a sonreír. Y acto seguido los dos se echaron a reír nerviosamente. Armando se golpeó un muslo, y exclamó:

—¡Caray, caray...!

—Oh, Dios mío —reía Sue al borde de la histeria—, ¿qué vamos a hacer ahora?

¡Tenemos ahí fuera más de cuarenta hombres, Armando!

—Caray —dijo éste, dejando de reír.

Durante unos segundos, los dos quedaron silenciosos. Fuera del despacho tampoco se oía nada. Absolutamente nada. Ni fuera de la casa. Armando miró hacia la ventana, cubierta por espesos cortinajes, y la señaló.

—No la pierdas de vista —murmuró.

Sue asintió, y señaló la desplazada mesa, sobre la cual estaba

todavía el teléfono.

—Podríamos telefonear —sugirió.

—Dime a quién.

—A cualquier persona. Si encontramos el listín telefónico sólo tenemos que elegir un número, llamar, y decir que envíen a la policía aquí.

—¿Adónde? ¿Qué dirección darías?

—Maldita sea —dijo Sue.

Armando la miró, sonriente. Se acercó a ella, se sentó a su lado, y la abrazó por la cintura.

—Bueno, británica, aquí estamos.

—Te quiero, Armando.

—Y yo a ti. ¡Demonios, qué jugada de la vida!, ¿eh? Nosotros...

Afuera, de pronto, se oyeron algunos disparos. Fuera de la casa, no sólo del despacho. Un par de gritos llegaron amortiguados por las cortinas. Sonaron más disparos. Fuera del despacho se oyeron exclamaciones y ruido de pies. Casi en seguida comenzaron a oírse disparos en abundancia, más ruido de pies dentro de la casa, gritos, más disparos...

—¿Qué debe estar pasando? —murmuró Sue.

—¿No lo sabes? ¡El maldito Karr, que acaba de llegar! ¡Y ya veremos cómo se las arregla para sacarnos de esta ratonera con vida, porque...!

Armando Fierro no dijo nada más. Tras las cortinas de la ventana se oyó el estrépito de cristales rotos, y las cortinas se movieron. Eso fue todo, ni siquiera entró ninguna bala. Pero Armando Fierro, de pronto, tuvo la sensación de que era arrancado de allí y disparado hacia la región del más profundo de los sueños.

* * *

—¿Qué tal, Armando?

El argentino parpadeó. La voz había sonado muy cerca de él. Una voz conocida, desde luego. Aquella voz suave, amable, tranquila... Abrió completamente los ojos, y vio a Broderick Karr, enorme, altísimo, mirándolo desde aquella increíble estatura... De repente, se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo. Se sentó de un salto, y entonces vio a Sue tendida junto a él. Su mirada saltó de

nuevo hacia Karr, desorbitada.

—Tranquilo —sonrió el de la CIA—; sólo está dormida. Despertará dentro de pocos minutos. Habéis dormido un par de horas, eso es todo.

Armando Fierro desvió la mirada. Detrás de Karr había tres hombres, mirándolo con afable curiosidad; tres sujetos altos y rubios. Luego vio a Melton Miles tendido en el sofá. De Gregory no quedaba ni rastro. Volvió a mirar a Karr.

—¿Habéis utilizado gas? —murmuró.

—Claro. Nos juntamos con los británicos, pero aún así comprendimos, al encontrar la casa, que debía haber aquí demasiada gente, y como de todos modos yo ya había previsto una cosa así y había pedido gas narcótico..., pues lo utilizamos. Aunque afuera tuvimos que dispararles a algunos tipos.

—¿Los tenéis a todos? —exclamó Armando.

—Absolutamente a todos. Algunos, como tú, ya están despertando, pero están a buen recaudo, despreocúpate de ellos. Como dirían en las películas, han caído en poder de la CIA y del MI 6. ¿Me equivoco si digo que el sujeto del «mono» rojo es el jefe de este lugar?

—No —gruñó Armando.

—Bien —sonrió Karr—. Bien. ¿Cómo se llama?

—Melton Miles. Pero en realidad él no es nadie, es sólo un... mercenario criminal de cierto nivel, a las órdenes de una organización...

Cuando Armando Fierro terminó de explicar el asunto a Karr, Sue ya se había despertado, y escuchaba en silencio. También se había despertado Melton Miles, cuyo silencio no podía ser más hosco. Finalmente, ya al corriente de todo, Broderick Karr asintió con la cabeza. Habían entrado dos agentes británicos, que se habían limitado a saludar a Sue con un gesto. En total, Melton Miles tenía, tan sólo en el despacho, tantos enemigos como pudiera desear, pero a quien contemplaba con especial precaución era a Karr, que se acercó a él y se quedó mirándolo inexpresivamente. —¿Su verdadero nombre es Melton Miles?— preguntó.

—Sí.

—Muy bien. Ahora, escúcheme atentamente, Miles. Cada cual tiene sus intereses en la vida, y los de usted no pueden ser más

criminales. Comparados con los de nosotros, simples espías norteamericanos, sudamericanos y británicos, usted y sus jefes son carne de infierno. Y allá van a ir a parar, no quiero ocultárselo. Pero en el caso concreto de usted, la situación resulta altamente preocupante, porque si antes de morir no me dice quiénes son sus jefes y dónde puedo encontrarlos va a sufrir de modo tan atroz que no puede imaginárselo. ¿Me comprende?

Melton Miles tragó saliva, y desvió la mirada hacia los otros espías. Había... algo suave, extraño, en el llamado Karr, que quizá podía haberle hecho concebir esperanzas de que nada desagradable podía llegarle de él. Pero sí de los otros, que lo miraban como si fuese una pestilente basura. Y cuando volvió a mirar los ojos de Karr comprendió que aquella suavidad no debía engañarle.

—Sí —susurró—. Le comprendo.

—¿Y bien?

—No conozco personalmente a los jefes de la organización, ya que mi contacto es un mediador residente en Ottawa. Se llama Fernand Claudel, y ni siquiera conozco su dirección, sólo tengo su número de teléfono. Aparte de eso, todo lo que puedo decirle es que la organización opera bajo el nombre de Terrorismo Mundial, y que sirve intereses capitales internacionales... No sé nada más.

—Dígame ese número de teléfono.

Melton Miles lo dijo. Y se quedó mirando entre esperanzado e incrédulo a Broderick Karr. Esperanzado primero, incrédulo cuando le vio sacar la pequeña pistola y apuntarle.

—No —jadeó—. No, no, no...

Broderick Karr ni siquiera parpadeó cuando le metió una bala en el corazón.

* * *

Fernand Claudel, canadiense, vivía en una discreta pero confortable villa en Wellington Street Viaduct, casi enfrente mismo de

Tunney's

Pasture. Desde las ventanas de la fachada de su casa podía ver el parque, lo que con frecuencia le complacía.

Lo que ya no le complacía tanto, por no decir nada, era la visita

que tenía ante él, y que había cometido el error de recibir en su despacho privado. Pero... ¿cómo negarse? Su criado le había entregado un papel en el que sólo había escritas dos letras, que para él fueron suficientemente reveladoras. Esas letras eran WT, y él sabía lo que significaban: World Terrorism. Terrorismo Mundial. Y aunque el procedimiento de presentación era insólito, y hasta preocupante y además digno de la mayor desconfianza, no había tenido alternativa. Fuese quien fuese el visitante él tenía que recibirlo.

¿Y quién era el visitante?

Pues una hermosa muchacha pelirroja de grandes ojos que, ahora sentada frente a él al otro lado de la mesa, le contemplaba fríamente.

—Naturalmente, señor Claudel, usted sabe de parte de quién vengo —acababa de decir la muchacha.

—No exactamente.

—Entonces... ¿por qué me ha recibido?

—Bueno, he tenido curiosidad por saber qué significa todo esto, señorita..., señorita...

—Sue Chamberlain. Soy una amiga... muy íntima de Melton Miles. Y si me dice usted que no conoce a Melton, me iré inmediatamente, y ya se las arreglará usted como pueda.

—No entiendo bien qué quiere decir —palideció Claudel.

Se lo voy a explicar en pocas palabras: la CIA ha atacado la casa donde Melton había reunido a los veinte argentinos y a los veinte británicos. Melton, yo, Gregory, y dos hombres más hemos conseguido escapar. Melton sólo tenía el teléfono de usted, pero no quiso llamarlo. Ha preferido que viniéramos aquí, y enviarme a mí para decirle que necesitamos ayuda para escapar de Canadá, y no digamos de Estados Unidos, o sea, que nada de ir hacia Estados Unidos. Lo que queremos es marcharnos bien lejos..., y usted, por poco listo que sea, no sólo nos va a ayudar, sino que vendrá con nosotros.

¿Me he explicado?

—¿Dónde está Melton?

—Esperándome. Señor Claudel, tiene cinco segundos para tomar una decisión salvadora. Transcurridos cinco segundos, yo me iré. Y si la CIA nos atrapa, no crea que mantendremos cerrada la boca.

Fernand Claudel se pasó una mano por la frente, que encontró perlada de sudor.

Sacó un pañuelo, se limpió ambas manos, y señaló el teléfono.

—Tendría que hacer una llamada —susurró.

—¿Cree que vale la pena?

—Tenemos... un sistema de emergencia para dificultades imprevistas. En una ocasión como ésta, en la que desconocemos el alcance de las dificultades, tengo que avisar.

Fernand Claudel colocó el teléfono ante él, descolgó el auricular y comenzó a marcar el número. La mirada de Sue Chamberlain permanecía fija en el disco. Lo primero que supo fue que la llamada era automática para Estados Unidos. Luego, supo el número al que Claudel había llamado. Finalmente, se limitó a escuchar.

—Soy Claudel —habló éste en francés—. Tenemos una emergencia de alcance imprevisible. La AIC ha atacado directamente. La situación es crítica, y sugiero una reunión y un desplazamiento lejano para aclarar la situación.

—¿...?

—Por el momento, no, pero si no sacamos de aquí a algunas personas que me están presionando en ese sentido yo quedaré al descubierto, y por ahí podría empezar la catástrofe total, —¿...?

—No me ha dicho concretamente adónde quieren ir, pero sí que fuera y de ahí, bien lejos. Yo sugiero el plan de emergencia 2-A.

Una temporada fuera nos sentará bien a todos, hasta que sepamos a qué atenernos.

—De acuerdo, sí. Espero —colgó, suspiró, y miró a Sue—. Me llamarán dentro de quince minutos. No puedo hacer nada más.

—Entiendo. ¿Cuál es ese plan de emergencia 2-A?

—Escapar en el *jet* privado de uno de los jefes de la WT, pero sin complicaciones. Quiero decir sin retirar fondos ni nada de eso. Sólo pasar una temporada de seguridad lejos de Estados Unidos, que es donde están todos ellos. Si aceptan, pasarán a recogernos a Ottawa, y los dejaremos a ustedes donde quieran.

—Pues más vale que acepten, señor Claudel, porque no pensamos quedarnos aquí como estúpidos chivos expiatorios.

—Sí, sí, lo comprendo. Bueno, esperemos...

El teléfono sonó, en efecto, quince minutos más tarde. Claudel atendió en el acto la llamada.

—Sí, soy yo, sí... ¿Cuál es la decisión?

—...

—Sí, bien, me parece magnífico. ¿A qué hora?

—...

—Conforme. Hasta entonces. —Colgó, y suspiró de nuevo, ahora con más fuerza, muy aliviado—. El plan

2-A

ha sido puesto en marcha. Tenemos que estar dentro de cuatro horas en el aeropuerto. Al amanecer estaremos en Centroamérica. ¿Está usted conforme?

—Si todo sale bien, sí. ¿Ha dicho usted que pasarán a recogernos con un *jet*? ¿Cómo es?

—No se preocupe —sonrió Claudel—. Es un aparato con el que se puede viajar hasta el fin del mundo sin problemas. Precisamente fue adquirido para reuniones ultrasecretas de los altos jefes de la WT; es confortable, rápido, seguro. Llegaremos a Centroamérica sin problemas.

—De acuerdo. —Sue Chamberlain se puso en pie—. ¿Tiene ese aparato algo que lo identifique especialmente?

—Claro. La matrícula, el nombre... ¿Por qué pregunta eso?

—Porque no pienso quedarme aquí cuatro horas con usted. Ni que estuviera loca. Lo que voy a hacer es reunirme con Melton, y dentro de cuatro horas iremos al aeropuerto. ¿Cómo distinguiremos el avión?

—Bueno, su nombre es «Spirit», y es enorme..., pero de todos modos yo estaré allí, así que no...

—Se equivoca, señor Claudel —dijo Sue Chamberlain, abriendo su bolso y sacando una pistola provista de silenciador—; usted no estará allí. Y le voy a decir por qué... Ustedes tienen sus planes de emergencia, pero cada uno de esos planes, y otros, provocan en el mundo una emergencia bélica de resultados imprevisibles. Entonces, nosotros, tenemos que elegir entre la emergencia de ustedes y la emergencia bélica para todo el mundo. No hay mucho para dudar, ¿no le parece?

Claudel estaba lívido, demudado.

—¿Quién es usted? —jadeó.

—Sue Chamberlain, agente del MI 6 británico.

—¡Dios mío!

—Pero... ¡cómo! —Se pasmó la pelirroja—. ¿Usted se atreve a mencionar a Dios? Chocante. Muy chocante, señor Claudel, Sobre todo, teniendo en cuenta que va a ir de cabeza al infierno.

Sue Chamberlain apuntó al corazón de Fernand Claudel, y apretó el gatillo.

Cuando salió del despacho, cerrando cuidadosamente la puerta, el señor Claudel parecía dormido en su confortable asiento. Ya nunca más vería las frondas del parque desde la ventana.

Acompañada por el criado, la señorita Chamberlain salió de la casa, y se fue directa al coche que esperaba apenas cien metros más allá. En el asiento delantero había dos hombres. En el de atrás, otros dos: Karr y Fierro. Ella se sentó junto a éste, y explicó lo ocurrido. Karr asintió con un gesto.

—Avisen para que esa casa sea ocupada y el personal controlado. Si llaman a Claudel, obliguen al criado a decir que el señor Claudel ha preparado un viaje urgente y que estará fuera una temporada.

Los dos agentes, que se habían vuelto para escuchar a Karr, asintieron, y uno de ellos preguntó:

—¿Y el avión? ¿Estará usted esperándolo?

—No. Ni yo ni nadie. Ese avión no llegará.

—¡Maldita sea! —exclamó Armando—. ¿Quieres decir que han engañado a Claudel y que escaparán en dirección opuesta a Ottawa?

—No. Quiero decir que no llegará, porque dentro de unos minutos voy a hacer una llamada a Washington pidiendo que envíen un caza en su persecución, para que lo empuje hacia el mar y lo derriben.

—Estás bromeando —jadeó Armando Fierro.

—No.

—Pero... ¡no podemos hacer eso!

—¿Por qué no?

—Porque perderíamos a esos hombres; no podremos saber todo lo que concierne a la WT.

—Estás equivocado, Armando. Esos hombres *son* la World Terrorism. Y lo mejor que se puede hacer con ellos es simplemente

eliminarlos. Que desaparezcan de la faz de la Tierra. Nada de complicaciones, ni consideraciones. Son cánceres de nuestro planeta, de nuestra vida, de nuestra sociedad. Si los enviamos al fondo del mar, se acabó el Terrorismo Mundial. Y eso es lo que vamos a hacer.

—Bien... Quizá tengas razón.

—Yo creo que sí la tiene —dijo Sue.

—¡Está bien, la tiene! Pero de eso a que porque él lo pida envíen un caza en busca de ese *jet* llamado «Spirit»...

—¡Oh, pareces tonto, Armando! —se encolerizó Sue—. ¿Todavía no has comprendido que lo que dice Karr simplemente se hace?

—¿Y eso por qué? Un simple agente que...

—¡Simple agente! —estalló definitivamente Sue—. ¡Es el jefe de la CIA para misiones continentales de alto nivel!

—Santo Dios... —gimió Armando Fierro.

Broderick Karr sonrió suave, afectuosamente, y le dio un golpecito en una rodilla.

—Tómatelo con calma, Armando.

—¡Pero si pareces... un desgraciado melenudo medio maricón...!

—Dentro de algún tiempo, cuando todo haya terminado bien —se echó a reír Broderick Karr—, os citaré para que podáis verme con mi verdadero aspecto. Mientras tanto, que cada cual siga su camino y haga las cosas según su conciencia. Pero no olvidéis nunca esa frase.

—¿Qué frase?

—Una que merece un premio de millones de dólares, de salud eterna, y del monumento más grande del mundo.

—¿Qué frase? —Casi gritó Armando.

—Hagamos el amor, no la guerra.

ESTE ES EL FINAL

—Hay que admitir que el maldito Karr tenía razón —refunfuñó Armando Fierro—; es mejor hacer el amor que la guerra. ¿Estás de acuerdo?

Se giró para mirar a sus anchas a Sue Chamberlain, que yacía en la cama a su lado. Habían pasado toda la noche haciendo el amor, se habían dormido de madrugada, y, al despertar, habían vuelto a lo mismo. Ahora, lógicamente, la señorita Chamberlain debía sentirse deliciosamente satisfecha.

Y, sin embargo, Armando Fierro vio sus ojos rebosantes de lágrimas. Se le encogió el corazón. Había llegado a Acapulco de la mano de Karr, que les había facilitado incluso el pequeño *bungalow* donde llevaban tres días de amor inolvidable. Y ahora, ella estaba llorando.

Armando Fierro deslizó una mano por el rostro de la muchacha.

—Sue... Sue, mi amor, no llores...

—Lo siento —murmuró ella—. ¡Lo siento, lo siento! Soy una espía que puede matar fríamente a un hombre, pero también soy una mujer.

—Bueno —intentó sonreír Armando—, de eso no me cabe la menor duda.

—Armando —ella giró hacia él, muy abiertos los ojos—. Armando, ya es el tercer día. Todo terminó. Se cumplió el plazo que nos concedimos, y ahora tenemos que volver al trabajo, tú con los tuyos, yo con los míos. ¡Es horrible!

—Todo terminará —susurró él.

—¿Cuándo?

—Cuando todos se curen de su locura.

—Pero... ¿y tú y yo? ¿Y todos los que han muerto y están

muriendo?

Armando Fierro no contestó. Besó a Sue Chamberlain en los labios, y luego estuvo mirándola fijamente largo rato. Por fin, sin una sola palabra más, salió de la cama, se vistió, sacó su maleta del armario, y metió dentro sus cosas.

Se acercó a Sue, y la besó suavemente en los labios.

—Hasta pronto, mi amor —susurró.

Ella se abrazó a él, le besó, intentó retenerlo, pero de pronto lo soltó, y casi consiguió una sonrisa.

—Hasta pronto —tembló su voz.

—Amén —dijo Armando Fierro.

Segundos después, el agente secreto argentino salía del *bungalow* cargado con su maleta. Hacía un hermoso día de sol y mar en Acapulco. Pero Armando Fierro, tras tragar saliva, y con ella aquella especie de bola amarga que sentía en la garganta, jadeó:

—¡Mierda! Mierda hasta que lo aprendáis todos: hagamos el amor..., no la guerra.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...